J. LÓPEZ PINILLOS
(PARMENO)

La otra vida

DRAMA EN TRES ACTOS





RENACIMIENTO



LA OTRA VIDA

Queda hecho el depósito que marca la ley.

J. LÓPEZ PINILLOS

(PARMENO)

LA OTRA VIDA

DRAMA EN TRES ACTOS

ESTRENADO EN EL TEATRO ESPAÑOL
EL 5 DE FEBRERO DE 1915



MADRID
EST. TIP. DE LA SOCIEDAD EDITORIAL DE ESPAÑA
DUQUE DE ALBA, 4.
1915

PERSONAJES

Elena Cepeda (30 años)........	SRA.	COBEÑA.
El coronel Cepeda (57 años)...	SR.	BORRÁS.
El general Oriol (60 años).....		RUIZ TATAY.
Ramiro de Oriol (35 años).....		MUÑOZ.
Julio de Oriol (32 años)........		GONZALVES.
José (60 años)..................		TRESCOLÍ.

La acción, en una quinta situada junto a un pueblecillo de la Sierra próximo a Madrid.



ACTO PRIMERO

Un salón decorado con severa elegancia. Los muebles, recios y ligeros, son de estilo español. En el muro de la izquierda hay una puerta; dos grandes ventanas rasgan el del fondo, y otra, aún mayor, se abre en el de la derecha. Por todas se ve el arbolado que rodea la casa, defendiéndola del rojo sol de Agosto.

Están en el salón ELENA, el GENERAL, RAMIRO y JULIO. Los hombres, frente a la ventana de la derecha, de pie Ramiro y sentados en sillones su padre y su hermano, toman café. Elena, retrepada en un sofá, lee entre las ventanas del fondo. La luz entra en la habitación mansamente, desbravada por la espesura del follaje.

Elena es una mujer en cuyo rostro, de líneas firmes y nobles, resplandece la dignidad. Habla con la serena entereza de la gente educada en el horror a la mentira y tiene los labios llenos de sonrisas indulgentes; pero a sus ojos se suele asomar la llama de una tremenda resolución. Viste un sencillo traje de casa.

El General es roblizo de cuerpo, an-

cho de rostro y duro de expresión. Su mirada leal dulcifica su entrecejo, fieramente obstinado. En su voz bronca vibran todas las intransigencias del orgullo. Hay bastante nieve en su espeso cabello; mas su bigote, levantado con bélica petulancia, conserva casi todo su negror. Viste un holgado traje de americana.

Ramiro, mucho menos fuerte que su padre, sólo ha heredado de él la obstinación y el orgullo. Tal vez por ser débil, tiene en los ojos, apagados e indecisos—ojos con esa opacidad que proviene de la envidia—, una expresión inquietadora de sospecha, amenaza y astucia. Se mueve con la lentitud y la torpeza aparente de los felinos aprisionados, y al hablar mide las palabras, con el recelo de las criaturas enemigas de la franqueza. Lleva con garboso desenfado un traje de calle y luce en la solapa un clavel.

Julio en nada se parece a su hermano. Tiene la fortaleza del viejo y su lealtad; y sus labios sensuales, sus ojos crédulos y su sonrisa franca revelan que es un muchachote confiado, de poca imaginación y de ninguna soberbia, que, frente a cualesquiera conflictos, procurará siempre transigir. Viste un traje de americana.

RAMIRO.

(Leyendo por encima del hombro de Elena.) «La reina Mab es la que de noche enreda las crines de los caballos, y enmaraña el pelo de los duendes, e infecta el lecho de la cándida virgen y despierta en

ella...» *(Elena cierra bruscamente el libro.)* ¿No se puede saber lo que despierta en las mocitas la señora Mab? *(Riendo.)* Ese Shakespeare fué un bárbaro.

JULIO.

El de «Otelo». ¿No? *(Canturreando.)* «Essultate, l'orgoglio...» *(Desconcertado, al ver que Ramiro se ríe.)* ¿De qué te ríes? ¿No es así?

RAMIRO.

¿No ha de ser?

JULIO.

Entonces...

RAMIRO.

Es que tú no concibes a «Otelo» sin música... y eso es gracioso.

JULIO.

(Sin enfadarse.) No sé por qué.

RAMIRO.

Naturalmente.

ELENA.

(Procurando paliar con una sonrisa lo desapacible del tono.) Si quieres provocar una discusión, me voy.

RAMIRO.

(Sonriendo también.) ¿No se puede discutir con tu marido?

ELENA.

Como tú discutes, no. Ni con él, ni con nadie. Tú siempre has de ganar.

EL GENERAL.

(Riendo.) ¿Siempre?... Sácalo de su literatura... y verás. ¿Sabe algo de lo nuestro, Julio?

JULIO.

Papá...

EL GENERAL.

¡Ni una palabra! ¿No entró en la Academia por milagro y no terminó la carrera milagrosamente también? *(A Ramiro.)* Lo que es como militar, hijo mío...

RAMIRO.

(Tranquilamente.) No pienso eclipsar a Napoleón. Es una ventaja que os llevo.

EL GENERAL.

¡Ah! De manera que nosotros...

ELENA.

Vosotros discutiréis con él, y él lucirá su colección de gracias, que es lo que busca.

(Entra JOSE—que es un viejo robusto con cara de campesino—, le entrega a Julio una carta y vuelve a salir.)

El General.

Pues lo que es hoy no está mi humor dispuesto a consentir que yo aguante chistes. *(Levantándose.)* ¿Tiramos al blanco un ratillo?

Elena.

(Saludando militarmente.) A la orden, mi general.

Julio.

(A Ramiro, abriendo la carta.) Permíteme. *(Elena y el General salen. Mientras lee Julio, Ramiro echa cognac en una copa grande, lo azucara y lo mezcla con agua de seltz.)* ¡Quia!

Ramiro.

¿Qué hay?

Julio.

(Malhumorado y como replicándole a un invisible interlocutor.) ¡No, no!... ¡Es mucho ya!

Ramiro.

(Después de una pausa.) ¿Sable?

Julio.

Más: estafa.

Ramiro.

(Con un gesto que no consigue disimular su indiferencia.) ¡Chico!

Julio.

(Conteniéndose.) Tú sabes que yo no tengo una mina.

RAMIRO.

Claro. *(Con imperceptible burla.)* No tienes mas que acciones.

JULIO.

(Esforzándose en dominar su irritación.) Acciones que son para mí.

RAMIRO.

(Mirándole con sorpresa.) Pues ¿para quién habían de ser? *(Pausa.)* Pero... eso del sable, ¿está relacionado conmigo? Porque hablas de un modo...

JULIO.

(Secamente.) Lee. *(Ramiro lee la carta, haciendo oes con la boca, retorciéndose el mostacho y enarcando las cejas.)*

RAMIRO.

(Con tranquilidad absoluta.) Estupendo. *(Después de beber voluptuosamente.)* No me hubiese hecho creer nadie que este Marín fuera tan granuja.

JULIO.

¿Es cuanto se te ocurre?

RAMIRO.

¡Oh, no! Se me ocurren bastantes más cosas.

JULIO.

(Mirándole fijamente.) Ramiro... creo que haces mal en burlarte de mí.

RAMIRO.

(Imponiéndole silencio torvamente.) ¡Chs!... Basta. Ya está bien.

JULIO.

No, no.

RAMIRO.

Te digo que está bien... y te ruego que no sigas. *(Pausa.)* Has calificado de estafa...

JULIO.

(Interrumpiéndole.) La maniobra de Marín.

RAMIRO.

Es que de esa maniobra soy yo el culpable. Y siendo tu hermano el culpable, te has debido contener.

JULIO.

Si hubiera intentado ofenderte; mas como no lo he intentado...

RAMIRO.

Pero me has ofendido. *(Pausa.)* Ya sé que no tienes minas. Lo sé tan perfectamente como sé que tu caudal no pasa de cuatro millones, y no ignoro que esos millones son para ti. Pero es preciso que sepas que jamás he soñado en que los partas conmigo, y que nunca me ha pasado por la imaginación el deseo de vivir a tus expensas.

JULIO.

Bien...

RAMIRO.

Déjame terminar. Te pagaré cuanto te debo.

JULIO.

(Con generosa indignación.) ¿Qué es eso de pagarme? ¿Soy yo un usurero? ¿Te he recordado quizás tus peticiones? ¿Me he negado a auxiliarte alguna vez?... ¡Contesta!

RAMIRO.

Hombre, me imagino que no habrás dicho lo de la mina para brindarme protección.

JULIO.

¡Ni para negártela! Lo he dicho porque me indigna que de nuevo caiga sobre mí un canalla como tu acreedor. Eso es lo que me ha obligado a protestar. Además... estoy de mal temple. Si me he expresado con demasiada viveza, perdona.

RAMIRO.

¡Ah, si es así!... Mira, cuanto se diga contra mi bandolero será poco para lo que merece. Ganaría el campeonato del latrocinio en el orbe.

JULIO.

(En tono de cariñosa reconvención.) ¡Y te confías a él!

RAMIRO.

¡Hay momentos tan difíciles, Julio!... ¿Te figuras que esas alhajas, por las que te pide cuatro mil pesetas, me las llevé para alguna mujer? ¿Has llegado a figurártelo?

JULIO.

(Negando.) Hijo, yo...

RAMIRO.

Pues no te lo figures, porque pedí esas alhajas después de buscar dinero inútilmente, y las pedí para saldar una deuda de honor. Y cometí esa locura empujado por el ansia de no serte gravoso.

JULIO.

Pero, Ramiro...

RAMIRO.

Sí. Confié en que, con lo que me diesen por las alhajas, pagaría, y en que aún me sobraría lo suficiente para probar fortuna en el juego y cumplir con mi explotador. Yo juego siempre seguro de que voy a ganar.

JULIO.

Y perdiste.

RAMIRO.

Hasta la respiración.

JULIO.

¿A qué le llamas la respiración?

RAMIRO.

En este caso, a setecientas pesetas que me restaban.

JULIO.

¡Porvida!... *(Dándole palmaditas en el hombro.)* Pagaremos, ¡qué diantre!

RAMIRO.

(Escribiendo en una hoja de su cartera.) A Julio, cuatro mil. *(Julio se encoge de hombros.)* No, no te encojas de hombros. Tú y tu suegro sois los acreedores con quienes liquidaré antes. Premio al desinterés y a la virtud.

JULIO.

(Asombrado.) De modo que también has recurrido..

RAMIRO.

También. A tu suegro se le puede honrar con una petición, porque, como es algo filósofo, no aspira a cobrar en dinero y en gratitud. Tuve un compromiso grave...

JULIO.

¿De honor? *(Con benévola burla.)* ¡Como si lo viera!

RAMIRO.

(Tranquilamente.) Y de algo más. Porque con mi honra, en aquella ocasión, estaba en riesgo mi vida.

JULIO.

¿Hablas en serio?

RAMIRO.

Con la seriedad de un ciprés, querido.

JULIO.

Y tratándose de tu vida... ¡no acudiste a mí!

RAMIRO.

Ahí verás. Son mis rarezas. Para una pequeñez, no tengo inconveniente en acudir a ti. Para cosas de verdadera entidad, lo tengo. ¡Qué quieres! El papel de hermano menesteroso me repugna.

JULIO.

(Sinceramente atribulado.) ¡Me lastima oirte, Ramiro!

RAMIRO.

¡Y qué le vamos a hacer!... Soy así. Mi orgullo, que es el de los pobres que no se resignan a la pobreza, me hace irreductible en esas ocasiones.

JULIO.

Pero tú no eres pobre.

RAMIRO.

¿No?... Con mi paga y cien duros al mes, ¿soy rico?... Y, sobre todo, llamándome Oriol. ¡Un Oriol! ¡Nada menos que un Oriol, descendiente en línea recta de no sé cuántos próceres!... Es muy molesto, querido. Para que no me confundieran, yo debería ir diciéndole à todo el mundo: «Caballeros: que este Oriol es un pelagatos, porque su madre no aportó al matrimonio más dote que el de su hermosura; que el Oriol millonario es el otro... ¡No os equivoquéis!» *(Risueño.)* Pero ésto sería muy desagradable.

JULIO.

Muy desagradable, Ramiro.

RAMIRO.

¡Bah!... Desarruga esa cara y ríete de mí. No me hagas caso.

JULIO.

Me apenas. Palabra.

RAMIRO.

No, hombre, no. No te apenes por mis tonterías. Es que hoy se me han puesto los nervios como electrizados, y necesito desbarrar para desahogarme. Voy a dar un paseo. Me sentará bien.

JULIO.

Anda con Dios.

RAMIRO.

Lo de Marín, que me ha cogido de sorpresa. Vaya, hasta después. Y no me hagas caso. *(Sale, y a los pocos momentos se le ve cruzar el jardín. En seguida entra JOSE.)*

JOSÉ.

(Desde la puerta.) El señor Coronel.

(Se retira el Criado y entra el CORONEL. Es un varón que rebosa energía, franqueza y salud. Tiene pronunciadas las facciones, la mirada aguda y sonora la voz. De su figura, que atrae con la fuerza extraordinaria de la simpatía, diríase que se desprenden efluvios de valor y honradez. La calva del Coronel, tersa y de un tono sonrosado, contrasta con su rostro, al que socarró

el Sol y arañaron los vientos. Disimula un fino y poblado bigote castaño la forma un poco vulgar de su nariz; y la blancura de los dientes, iluminando toda la cara, corrige la adustez de su expresión. El Coronel viste el uniforme gris que usa la Guardia civil en verano.)

JULIO.

(Abrazándole.) ¿Tan pronto? Yo no le esperaba hasta mañana.

EL CORONEL.

Es que tu carta me ha inquietado.

JULIO.

Pues perdone mi torpeza. Usted... no tiene ningún motivo de inquietud.

EL CORONEL.

¿Y tú?

JULIO.

(Con resolución.) Yo, sí. Y puesto que le he llamado para hablarle y estamos solos, aprovechemos la ocasión.

EL CORONEL.

Supongo que mi hija no habrá hecho algo capaz de disgustarte.

JULIO.

Nada. Me trata como siempre, y hasta juraría que me quiere más que unca. Y eso, precisamente, de

que me quiera más sin que ninguna acción mía lo justifique, me llena de preocupación.

El Coronel.

¿Qué has notado en Elena?... Háblame con absoluta claridad, como a un camarada.

Julio.

¡Oh! He notado tantas singularidades... Elena no es la misma mujer.

El Coronel.

Explícate. ¿Por qué no es la misma?

Julio.

Porque se aparta de mí, queriéndome; porque antes charlaba por los codos y ahora no despega los labios; porque antes vendía buen humor y ahora está triste... ¡Triste, Elena!... A veces me mira, y veo en sus ojos que me oculta algo, que tiene un secreto, y la interrogo. Le he preguntado de mil maneras: suplicando, irritándome, apelando a la astucia, entregándome a su buena fe...

El Coronel.

Y ella...

Julio.

Y ella me ha replicado que soy un aprensivo, riéndose si se ha podido reir, o enterneciéndose si no ha tenido fuerzas para imitar la burla.

El Coronel.

¿Y no serás, efectivamente, un aprensivo?

JULIO.

¿Son de aprensivo las observaciones que he expuesto? Usted en mi lugar, ¿las desdeñaría?

EL CORONEL.

(Lealmente.) No.

JULIO.

Y conociendo el temple de Elena, ¿no se alarmaría usted al saber que lloraba? *(El Coronel hace un gesto de extrañeza.)* ¡Sí, sí: llora! Como nunca me ha abandonado la serenidad, crea usted que, sin que Elena llore, no le encuentro yo huellas de lágrimas. Pues bien; ¿por qué llora?... ¿Qué amargura que yo no puedo compartir la hiere?

EL CORONEL.

(Meditabundo.) Es raro.

JULIO.

Desde luego, hay que desechar toda suposición ofensiva para ella.

EL CORONEL.

Desde luego. Si un hombre se enamorase de tu mujer, no la molestaría asediándola, porque Elena no permite asedios. Y si mi hija—cosa imposible, porque es de las que sólo quieren una vez—se prendara de su enamorado, no viviría junto a ti, engañándote, ni un minuto.

JULIO.

Opino como usted, y descarto la suposición. Pero hay que formular otra, ya que es indudable que

Elena padece. ¿Por qué padece? ¿Qué le ocurre? ¿Cómo la podemos defender?... Para saberlo le he llamado. ¿No será con su padre más franca que con su marido?

El Coronel.

(Sencillamente.) No lo sé. Quizás, no. He educado a mi hija a mi manera. Como no la he querido egoístamente, no he procurado que viviese para mí, y Elena, a la que nadie ha hecho creer que los hijos deben confiárselo todo a los padres, se ha librado así del remordimiento de ocultármelo todo. Tal vez por eso ha habido entre nosotros más confianza que la que suele haber entre personas de igual sangre. Pero yo, hace mucho tiempo, en mi juventud, descubrí que, por pudor, más bien se le enseña el alma a un amigo que a los que fundieron la carne donde se aloja, y nunca he aspirado a conocer los pensamientos de mi Elena.

Julio.

De modo que...

El Coronel.

La interrogaré como un amigo, sin exigir nada, y si quiere o puede contestar, sabremos lo que te preocupa. Si quiere o puede, Julio. ¿Conformes?

Julio.

(Apretándole la diestra.) No le pido a usted más. Gracias. *(Al ver al GENERAL, que avanza con RAMIRO por el jardín.)* Y silencio ahora.

El General.

(Desde una de las ventanas del fondo.) Pero ¿qué sorpresa es ésta, señor don Ramón?

El Coronel.

Que me aburría ya demasiado sin ver a ustedes.

El General.

Pues bendito sea el aburrimiento que le trae por aquí. *(Entra seguido por Ramiro.)*

El Coronel.

(Abrazándole.) ¿Cómo vamos?

El General.

Bien. Excesivamente bien, quizás. Yo creo que disfrutar de tanta fortaleza es peligroso. ¿Y usted?

El Coronel.

(Riéndose.) También en peligro, a Dios gracias.

Ramiro.

(Saludando militarmente.) Mi Coronel...

El Coronel.

(Dándole un apretón de manos.) Qué, ¿nos aficionamos al sanatorio?

Ramiro.

(A su padre.) Don Ramón dice que esta casa para mí es un sanatorio, y acierta. *(Al Coronel.)* Pues sí, señor. Me aficiono cada vez más.

El Coronel.

Magnífico. *(Al General.)* Pero ¿y Elena?

EL GENERAL.

Como no le esperaba, ha ido al hotel de las de Encina. *(A Ramiro.)* Que la llame José.

RAMIRO.

No; iré yo mismo.

EL CORONEL.

(Oponiéndose.) ¡Vamos!... ¡Estaría bien!

RAMIRO.

Lo que no estaría bien es que no la llamara. *(Sale apresuradamente.)*

EL CORONEL.

(Con un gesto de resignación.) Bueno.

EL GENERAL.

Habrá usted almorzado.

EL CORONEL.

Debía haber almorzado.

EL GENERAL.

Pero, hombre...

JULIO.

(Tocando el timbre.) ¿Por qué no me lo ha dicho?

EL CORONEL.

(Graciosamente.) Porque el hambre no me ha dejado ni hablar. *(Entra JOSE y aguarda junto a la puerta.)*

El General.

Que va a almorzar don Ramón. *(Sale José.)*

Julio.

Subiremos.

El General.

Sí. *(Al Coronel.)* Mientras usted se lava, yo aguardaré en el comedor.

El Coronel.

¿En el comedor... a esta hora? Pero ¿me cree usted capaz de consentirle el sacrificio de una siesta?... ¡Quia!... No me dejarían vivir los remordimientos.

El General.

(Riendo.) Camarada, es usted el hombre más amable que he conocido. Vamos arriba.

El Coronel.

(Cogiéndole del brazo.) Vamos arriba.

(Salen el Coronel, el General y Julio. Vuelve JOSE, que coge el tricornio y la espada que don Ramón dejó sobre una mesa, y apenas ha salido, entran ELENA y RAMIRO.)

Elena.

(Procurando ocultar su agitación.) Supongo que aquí me dejarás tranquila.

Ramiro.

Aquí y en todas partes. Pero desarruga el entrecejo, que no conviene mirar las cosas por el lado trágico. Hay que tener frialdad.

ELENA.

¿Frialdad, en ciertas ocasiones, cuando el corazón es bueno?

RAMIRO.

¿Quieres decir que es malo el mío?... ¿Por qué lo es?... Sobre este punto te agradecería que me dieras una explicación.

ELENA.

¡Una explicación!... Demasiado sabes todo lo que puedo decirte.

RAMIRO.

¿Yo?

ELENA.

No, no, Ramiro. No pretendas engañarme fingiendo ignorancia, ni dominarme con salidas de hombre superior. A mí no se me domina ni se me engaña fácilmente.

RAMIRO.

No te entiendo.

ELENA.

¿Que no?... ¡Poco bien!... Por un instante has confiado en que lo que he visto en ti me obligaría a callar. ¡Sí! Has creído que la misma temeridad de tus intenciones, aterrándome, tal vez me dejaría sin armas en tu poder. Pero has rectificado, Ramiro; has rectificado honradamente, porque en tu alma queda aún nobleza y debes mantener tu rectificación.

RAMIRO.

(Algo turbado.) Si te refieres...

ELENA.

¡A tu mal pensamiento! ¿A qué me he de referir?... *(Suplicante.)* Ramiro, no te dejes arrastrar por una tentación indigna. Al mirarme, recuerda siempre quién soy... ¡y cesa en tu persecución!

RAMIRO.

(Apelando a la burla, para disimular su turbación.) ¡Ah! Yo te persigo.

ELENA.

(Con energía.) ¡Aunque es increíble, me persigues!

RAMIRO.

¿Porque he tenido la debilidad de referirme alguna vez al tiempo viejo?

ELENA.

¿La debilidad? ¿No te expresarías mejor diciendo: la indelicadeza?

RAMIRO.

¿Es una indelicadeza recordarte que me quisiste?

ELENA.

¡Lo es! Y, por añadidura, puede ser un error. ¿Estás seguro de que te quise? ¿Te quise porque contesté unas cartas tuyas, como había contestado otras mil, por la sencilla razón de que, a los veinte años, una mujer le contesta a todo el que la pretende?

RAMIRO.

¿Con el ardor con que tú me escribías?

ELENA.

¿Y quién te ha dicho que al imaginar yo que te quería no me equivoqué?

RAMIRO.

Mucho duró la equivocación.

ELENA.

Lo que nuestro noviazgo. ¿Cuántos días?

RAMIRO.

Perdón. No fueron días.

ELENA.

¿Cuántas semanas?

RAMIRO.

Dispensa. No fueron semanas.

ELENA.

(Sorprendida.) ¿Fueron meses?

RAMIRO.

Con tu permiso, fueron meses. Tres.

ELENA.

No creí que había tardado tanto tiempo en conocer que me engañaba.

RAMIRO.

Y después... ¿no te has vuelto a engañar?

ELENA.

¿Con mi marido?... ¡Pero si lo que me enamoró de él fué su corazón!

RAMIRO.

Ya *(Irónicamente.)* Julio es lo que se llama un hombre de corazón. Pero hay hombres de corazón de muchas clases. Sé justa. Hay quien tiene mucho corazón porque sus dotes administrativas le permiten economizarlo. Estos son los que no se enamoran sin comprobar que la mujer que les gusta es digna de cariño; los que no socorren mas que a los merecedores de socorro; los que no arriesgan la vida sino por causas generosas... Pero frente a estos hombres, conservadores del sentimiento, hay otros que dilapidan su ternura, y ponen su corazón en manos viles, y su dinero en manos rapaces, y se juegan la existencia por causas que, muchas veces, ni la misma locura defendería.

ELENA.

Y tú eres de esos, ¿verdad? *(Con indignación.)* Y siendo de esos, ¿acosas a la mujer de tu hermano?

RAMIRO.

(Sañudamente.) ¡Mi hermano!... ¡Ya salió la hermandad!... Ese es el argumento que me están arrojando a la cabeza desde que vine al mundo. Y nadie cae en que no es mi hermano por amor, en que sólo es mi hermano porque mi padre es el suyo, y nadie recuerda que para que le engendrase el que me engendró, tuve yo que perder a mi madre.

ELENA.

(Con desdeñosa indignación.) ¿Por culpa de Julio?...

RAMIRO.

Por culpa del destino, por culpa de la fatalidad... Pero la fatalidad decretó que creciéramos juntos, criado él por una madre y yo por una madrastra, y el destino dispuso que desde la niñez fuera yo su hermano para soportarle, y él mi hermano para humillarme. Todas las diabluras me las atribuían a mí y las pagaba yo. Era yo el que rompía las cosas cuyo uso se nos vedaba, el que cargaba con los juguetes feos, el que sufría los sofiones en las horas de mal humor... Y más adelante, yo fuí el holgazán y el torpe, y él fué el chico modelo, el joven millonario, el estudiante talentudo... Y hoy...

ELENA.

(Interrumpiéndole.) ¡No, no sigas, por Dios! Me apena y me espanta lo que dices... porque ahora veo con claridad lo que pasa en ti. *(Enérgicamente.)* ¡Ramiro, tienes envidia!

RAMIRO.

(Con desdén.) ¿De Julio?

ELENA.

¡De Julio! ¡Sí! ¡Tienes envidia, y por envidia quieres resucitar lo que nunca existió!

RAMIRO.

En ti no existiría, aunque te desmienten tus cartas.

ELENA.

Ni en ti. Y si existió en ti, murió. ¿No has pasado cinco años en nuestra casa sin acordarte de aquel episodio de tu juventud? ¿Cómo entonces, de súbito, a los quince días de estar aquí, levantas ese cadáver?

RAMIRO.

Porque en tu casa apenas si nos tratábamos, embargado yo por la vida de Madrid, y creía odiarte. Y aquí, viéndote a todas horas, he descubierto que mi odio no es odio.

ELENA.

¡No, no! Aquí te ha enloquecido la envidia, y por envidia te has enamorado de esta existencia de enamorados que ves. ¡Por envidia, Ramiro! Y eso es grave, y si no te curas, sabe Dios adónde puede conducirnos tu enfermedad. *(A JOSE, que entra y quédase junto a la puerta, indeciso.)* ¿Qué quiere, José?

JOSÉ

He oído hablar a la señora, y como ha preguntado por la señora el señor Coronel...

RAMIRO.

(Vivamente, para impedir que replique Elena.) En seguida subimos.

JOSÉ

Creo que bajan ya los señores.

ELENA.

Bien, José. *(Sale el Criado.)* ¿Sabías que estaba aquí mi padre?

RAMIRO.

Fuí al hotel para avisarte. Pero como nos encontramos en el camino y llevaste la conversación hacia un terreno que yo quería explorar, perdí la memoria. Perdóname.

ELENA.

Con una condición.

RAMIRO.

¡Oh, no! Sé cuál es y no la acepto.

EL CORONEL.

(Dentro.) Elena...

ELENA.

Te arrepentirás. *(Corriendo hacia la puerta.)* Padre... *(Abraza efusivamente al CORONEL, que entra con JULIO.)*

EL CORONEL.

(Cariñosamente burlón.) Sí, sí, muchos abrazos; pero te das una prisa por verme...

ELENA.

Si no sabía que llegabas hoy. De saberlo, ¿hubiera salido? *(Cogiéndole del brazo.)* Ven, gruñón, ven. Siéntate aquí. Ya no te me escapas en quince días.

EL CORONEL.

Eso; y mis asuntos...

ELENA.

Tu asunto más importante soy yo.

EL CORONEL.

Pues es verdad. Pero, así y todo, he de escaparme. ¿No te he dicho que estoy otra vez con los trastos

a cuestas? ¡Uh!... Si te voy a contar un diluvio de horrores.

JULIO.

Del que nos libraremos nosotros por discreción. *(A Ramiro.)* ¿Me das una lección de espada?

RAMIRO.

Tú serás el que me la des. Hasta luego.

EL CORONEL.

Pero...

ELENA.

(Atajándole risueñamente.) Sí, sí, que se vayan. *(Salen Ramiro y Julio.)*

EL CORONEL.

No, si yo no les iba a detener. Estaba pidiéndole a Dios que nos dejasen solos...

ELENA.

(Con curiosidad.) ¿Y para qué?

EL CORONEL.

(Con un principio de confusión que consigue dominar.) Pues... para estar solo contigo. ¡Caray, alguna vez ha de ser el viejo el único que se regale con tu presencia!

ELENA.

(Abrazándole.) Y siempre mi viejo será el más galante de los hombres.

El Coronel.

No; en esta ocasión no es galantería todo lo que reluce. *(Notando que Elena se sorprende.)* No, señora. Hay también cierta inquietud, porque... porque me ha parecido encontrarte así como preocupada.

Elena.

(Entre asombrada y recelosa.) Papá...

El Coronel.

(Comenzando a azorarse.) Y si no preocupada, triste. Se pensaría que...

Elena.

(Con algo de inquietud.) Papá...

El Coronel.

(Balbuceando.) Vamos, diría yo...

Elena.

(Reconviniéndole.) ¡Papá! *(El Coronel se calla, completamente azorado.)* ¿Qué dirías tú, si te atrevieras? ¿Y por qué no te atreves?

El Coronel.

(Con una torpeza cómica.) ¿Cómo que yo?...

Elena.

Papá, no seas niño. Tú sabes que te conozco tan bien, que te leo los pensamientos. Y no te mires las botas, porque no he olvidado que te las miras cuando tus asuntos van mal.

El Coronel.

(Medio avergonzado.) ¡Caray con la memoria!

Elena.

(Imperturbable.) ¿Qué es lo que ahora te ha salido mal?

El Coronel.

(Entregándose.) Mis ensayos de diplomático. No he nacido para la diplomacia. *(Elena se ríe y el Coronel la mira y acaba por imitarla.)* Te quería obligar hábilmente, con la astucia de un zorro—para que, por mi parte, no pareciera haber ni curiosidad—, a que me confiaras un secreto.

Elena.

¡Hola!...

El Coronel.

Y ya, te pondré en antecedentes de todo. Me ha llamado Julio.

Elena.

¿Ayer?

El Coronel.

Ayer me escribió. Hemos charlado, y sus temores—debo decírtelo—han acabado por atemorizarme. *(Con gravedad.)* Tu huyes de tu marido, tú estás melancólica, tú lloras frecuentemente.

Elena.

¡Y lo has creído! ¡Y has hecho caso de Julio!... *(Apretándole la diestra.)* ¡Pobre papá!

EL CORONEL.

Entonces, lo de la tristeza y el llanto...

ELENA.

Fantasías.

EL CORONEL.

Pero Julio es incapaz de mentir.

ELENA.

¿Y es también incapaz de engañarse? *(Pausa.)* No te voy a jurar que paso los días cantando como un jilguero. No. Tengo desazones, y padezco molestias, y aguanto, a veces, disgustillos... Pero no tiene razón para alarmarse el visionario de Julio.

EL CORONEL.

¿Y por qué no evitas la alarma confiándote a él?

ELENA.

Por la índole de esos disgustos y esas molestias. ¿Voy a protestar contra mi suegro porque es violento? ¿Voy a declarar que no puedo resistir a mi cuñado?

EL CORONEL.

(Con asombro.) ¿A Ramiro?... Un loco sí es. Puedo afirmártelo. Mas ¿cómo negar sus simpatías, si se lleva de calle a cuantos le tratan?

ELENA.

A cuantos le tratan sin conocerle.

EL CORONEL.

Pero como no conocemos a las personas mas que en los instantes de pasión, que es cuando se descubren...

ELENA.

Por eso conozco yo a Ramiro.

EL CORONEL.

¡Ah!... ¿Y qué pasión te ha hecho conocerle?

ELENA.

Varias, porque tiene muchas pasiones; pero la predominante es la envidia. Está lleno de envidia; se lo come la envidia.

EL CORONEL.

Y en tu casa, ¿la demuestra?

ELENA.

Para mí, sí. Para los demás, no. Y como yo veo donde los demás no ven, padezco, mientras aquí nadie pierde la tranquilidad.

EL CORONEL.

(Preocupado.) De modo que la envidia de tu cuñado es agresiva para ti.

ELENA.

Ataca a lo que más quiero...

EL CORONEL.

Es decir, a Julio.

ELENA.

(Exaltándose.) ¡A Julio, que no se entera, y ríe de buena fe sus ironías, y aguanta sus burlas, y tolera sus abusos! Para mi cuñado, él nunca tiene razón... Todo lo que dice es necio; todo lo que hace es torpe... Y Julio, cegado por el cariño, ni sospecha la maldad de su hermano.

EL CORONEL.

Ahora comprendo el porqué de las mudanzas que en ti advierte tu marido. No fantaseó, Elena.

ELENA.

Sí, es cierto. Huyo de él para no hablar, y, por no hablar, estoy triste y lloro. Pero ¿cómo hablo?... Si le dijera a mi marido: «Tu hermano te odia; tu hermano es tan miserable que te envidia cuanto se puede envidiar», ¿no le colocaría frente a él, excitándole a que le castigara?

EL CORONEL.

(Después de una pausa.) Y en realidad, ¿se lo envidia todo?

ELENA.

¡Todo!

EL CORONEL.

¿Absolutamente?

ELENA.

(Venciendo una leve vacilación.) ¡Absolutamente!

EL CORONEL.

Pues, siendo así, convendría que abandonase el campo.

ELENA.

(Apretando las manos con ansiedad.) ¡Oh, si se marchara!

EL CORONEL.

(Con sencillez.) Hoy se irá.

ELENA.

¿Que hoy?... *(Atemorizada.)* ¡No, no!... ¡Tú no has de mezclarte en este asunto! ¿Con qué derecho? ¿No comprendes que tu intervención sería perjudicial?

EL CORONEL.

Pero como no he de mezclarme... No, tranquilízate. La casualidad—y esto demuestra que la casualidad, algunas veces, es un prodigio de honradez—me ha puesto en condiciones de alejar a Ramiro de vuestra casa.

ELENA.

¿Sin peligro para ti?

EL CORONEL.

Sin peligro para nadie.

ELENA.

¿Y sin que él se imagine...?

EL CORONEL.

Nada. Me bastará fingir que he perdido unos miles de duros. Ya ves qué cosa tan sencilla.

ELENA.

(Con incredulidad.) Fingir, ¿es sencillo para mi viejo?

EL CORONEL.

Lo será en esta ocasión. Ya tengo urdida la historia, y mentiré magistralmente. Anda, llama a Julio, y déjame aquí con Ramiro.

ELENA.

¿Me fío de ti?

EL CORONEL.

Si no me tienes por un tonto...

ELENA.

Me fío. *(Llamando desde la ventana.)* ¡Julio!... ¡Julio!... Ven. Venid los dos. *(Al Coronel, poniendo en el tono una súplica y en el gesto una recomendación.)* ¡Papá!...

EL CORONEL.

Que tengo ya mi historia. Calma.

(Entran JULIO y RAMIRO.)

ELENA.

(A Julio.) Pero ¿no sabes la hora que es?... ¿No habíamos quedado en ir a El Escorial con las de Encina?

JULIO.

(Riendo.) Había quedado yo en ir; pero si tú vienes, mejor para nosotros. En cinco minutos estoy listo.

ELENA.

¿Tú?... Lo que es como yo no te pinche... Ea, andando. *(Salen Elena y Julio.)*

RAMIRO.

Usted será de la partida. *(Se sienta junto al Coronel.)*

EL CORONEL.

No.

RAMIRO.

(Admirado.) ¿Y le deja aquí Elena?

EL CORONEL.

Es que le he dicho que iré con tu padre.

RAMIRO.

¿Para no ir?

EL CORONEL.

Para no ir. *(Pausa.)* No sé cómo empezar.

RAMIRO.

(Alarmado.) ¿A qué?

EL CORONEL.

A hablarte. Sólo para hablarte he venido

RAMIRO.

(Con una emoción que no intenta ocultar.) ¿De lo nuestro?... Usted no puede hablarme mas que de... Porque venir por otra cosa...

EL CORONEL.

No. Vengo por lo que te figuras.

RAMIRO.

(Con agitación.) ¿Qué ocurre?

EL CORONEL.

No, no te excites. Ocurre algo... doloroso para ti y durísimo y dolorosísimo para mí después de lo que te he prometido.

RAMIRO.

(Pálido de terror.) Pero... ¡usted cumplirá su promesa!

EL CORONEL.

No sé.

RAMIRO.

(Levantándose de un bote.) ¡Coronel! *(Pasándose las manos por la frente, después de unos segundos de silencio.)* No es posible. ¡No! Es una broma. Ha querido usted darme una broma.

EL CORONEL.

Ojalá.

RAMIRO.

¡Sí, es una broma, porque usted se comprometió a librarme! ¡Y ese compromiso me ha hecho confiar

en usted, y, por mi confianza, he perdido veinte días sin intentar ninguna gestión salvadora, y ya no hay tiempo de intentarla!... ¡No hay tiempo! ¿Comprende?

EL CORONEL.

Calma, Ramiro.

RAMIRO.

(Con indignación.) ¿Calma, tratándose de mi honra? Pero ¿no me ha oído usted?... No tengo crédito, no tengo amigos, he de reunir doce mil duros en los dos días de que aún dispongo... ¡y me pide usted calma!... ¿La tendría usted si estuviera en vísperas de hundirse, deshonrando a los suyos?

EL CORONEL.

Es que tú no te hundirás.

RAMIRO.

(Con una sombra de amenaza en la voz.) ¡Porque me entregará usted el dinero!

EL CORONEL.

(Con frialdad.) No seas niño, Ramiro. Y no te dirijas a mí en ese tono. Te lo ruego. *(Pausa.)* Lo ocurrido, vergonzoso para un hombre discreto, es que, engañado por gente sin pundonor, he arriesgado gran parte de mi caudal en la Bolsa y estoy a las puertas de la ruina.

RAMIRO.

(En un grito de bárbaro egoísmo.) Pero eso... ¡es una catástrofe para mí!

El Coronel.

¿Para ti solo?

Ramiro.

(Con acre ironía.) Y usted, un puritano, un inatacable, un asombro de previsión y de prudencia... ¡ha jugado!

El Coronel.

Perdona; pero empiezas a recriminarme y te suplico que no sigas, porque presumo que vas a pisar un mal terreno. *(Pausa.)* Sí. Yo, que soy bastante prudente, he cometido una imprudencia mortal. Me acusas con justicia. Mas ahora no es mi conducta la que debe interesarnos, sino tu salvación.

Ramiro.

(Sarcásticamente.) ¡Mi salvación!... ¿Y cómo me salvo? ¿Con los consejos que usted me dé generosamente?

El Coronel.

Quizás.

Ramiro.

¡Oh, no! Prefiero la salvación que me dará una pistola.

El Coronel.

No rechazaría yo ese recurso si no quedase otro. Pero queda otro.

Ramiro.

¿La huída?

El Coronel.

Ese no es recurso que utilice un caballero.

Ramiro.

Pues no hay más: ¡pagar, huir o morir!

El Coronel.

(Insinuante.) ¿Confesar, no?... ¿Y tu padre?

Ramiro.

(Con tremenda resolución.) ¡Me partiría la lengua a dentelladas y la escupiría antes que decirle lo que he hecho!

El Coronel.

Se lo diré yo.

Ramiro.

(Amenazándole francamente.) ¡Usted no se lo dirá!

El Coronel.

(Con frialdad y lentitud.) Por tercera vez te pido que no pierdas la moderación. Ten piedad de mis nervios y no te exaltes.

Ramiro.

(Reprimiéndose.) No me exaltaré. Y sin exaltarme, con perfecta serenidad, le declaro que no admito ese recurso y que, como rechazo la huída y no soy hombre que soporte la infamia, me suicidaré si usted no me proporciona el dinero que me brindó.

EL CORONEL.

(Irónico.) ¡Oh! Es una resolución bellísima. Un disparo en la sien, y queda el menos limpio tan brillante como una patena para emprender así el último viaje. Claro es que la amargura de los que querían al bravo viajero será mucho mayor, porque la muerte no impedirá que les visite la infamia... ¡Una infamia de las que no se olvidan ni se borran, y cuyo peso aumenta al recordar que la engendraron el egoísmo y el orgullo!

RAMIRO.

(Desdeñoso.) Sermones, no, Coronel. ¡Dinero!

EL CORONEL.

(Enérgicamente.) Lo tendrás; pero será de tu padre. ¿Quién eres tú para rechazar su ayuda?

RAMIRO.

¿Y quién es usted para imponérmela? ¡No lo permitiré!

EL CORONEL.

¡Me pasaré sin tu permiso!

RAMIRO.

¡Y cometerá usted una acción...!

EL CORONEL.

(Atajándole con un grito.) ¡No la califiques!... *(Sombríamente.)* No es digno de caballeros injuriar cuando se sabe que las injurias no van a ser tomadas en cuenta, y yo en este momento no las tomaría, porque no eres dueño de tu razón. *(Pausa.)* Sé lo que el deber me exige, y voy a llamar a tu padre.

RAMIRO.

(Suplicante.) ¡Coronel!...

EL CORONEL.

Puedes escucharnos, si gustas. *(Al GENERAL, que entra cuando iba a oprimir el timbre.)* Precisamente iba a llamar para que me dijeran si se había usted levantado.

EL GENERAL.

Pues aquí me tiene.

EL CORONEL.

Quisiera comunicarle una cosa de verdadera importancia.

EL GENERAL.

(Sorprendido.) En seguida. *(Pidiéndole con un gesto que se retire.)* Ramiro... *(Sale Ramiro.)* A sus órdenes. *(Se sienta e invita a sentarse al Coronel.)*

EL CORONEL.

(Un poco perplejo.) General, usted es un hombre de energía...

EL GENERAL.

Malo. Cuando empieza usted así y no continúa, muy gordo será lo que va a decirme.

EL CORONEL.

Pero usted sabrá sobreponerse a su disgusto.

EL GENERAL.

¿A mi disgusto?... Me alarma usted, Ramón. ¿De qué se trata?

El Coronel.

De un suceso que, si yo no lo previniese, podría tener funestísimas consecuencias.

El General.

Déjese de rodeos, Ramón. Al grano. No ponga esa cara de duelo, y hable.

El Coronel.

(Sinceramente.) Es que estoy de duelo por no haberle podido ahorrar esta amargura.

El General.

Gracias. Pero hable usted, que me tiene en un potro. ¿Qué ocurre?

El Coronel.

Pues ocurre que Ramiro ha cometido una ligereza.

El General.

(Gravemente.) ¿Y en qué consiste esa ligereza? ¿Trampas? ¿Se ha entregado imbécilmente a algún usurero?

El Coronel.

No... por desdicha.

El General.

(En el tono del que empieza a ser invadido por el miedo.) ¿Ha hecho algo... peor?

El Coronel.

Desgraciadamente.

El General.

(Después de una pausa, limpiándose el sudor de angustia que le brota en el rostro, y aparentando entereza.) Diga lo que es.

El Coronel.

(Apretándole la diestra.) Sea usted fuerte.

El General.

Diga, Ramón.

El Coronel.

(Como si la denuncia le quemase los labios.) Ha cogido dinero de la Caja. *(El General se incorpora con la lividez de un cadáver, ahogando un grito, y se deja caer en seguida, tembloroso.)* Fué por una deuda de juego. Quiso seguir jugando, seguro de que ganaría para pagar y de que podría restituir lo que sustrajo, y perdió. De ahí viene todo. Una ligereza de joven.

El General.

(Con amargura.) ¡Una ligereza!

El Coronel.

Vamos, ánimo, Ramiro. *(Hay unos instantes de silencio.)*

El General.

(Con la voz insegura.) Y... ¿lo saben en el regimiento?

EL CORONEL.

(En tono de cariñosa reconvención.) Pero, ¡General!... No me hace usted justicia. Sólo sabemos lo ocurrido el Coronel del muchacho—que le quiere y nos ayudará—, usted y yo. Y usted lo sabe porque acabo de perder unos miles de duros y me encuentro, a última hora, imposibilitado de auxiliar a Ramiro.

EL GENERAL.

Se lo agradezco, Ramón. He contraído con usted una deuda que nunca podré pagar. *(Toca el timbre.)*

EL CORONEL.

No. Puede usted pagarla en el acto, y le suplico que la pague.

EL GENERAL.

¿Cómo?

EL CORONEL.

Tratando a su hijo con benevolencia. *(Entra JOSE.)*

EL GENERAL.

(Después de una pausa.) Gracias de nuevo. *(Al Criado.)* Que tenga la bondad de venir el señorito Ramiro. *(Sale José.)*

EL CORONEL.

Permítame que me quede.

EL GENERAL.

Iba a rogárselo... *(Callan penosamente hasta que entra RAMIRO, que, al ver a su padre, se detiene, humillando la cabeza.)*

EL CORONEL.

(Suplicando en voz baja.) Sin dureza.

EL GENERAL.

(Sin mirar a su hijo.) ¿Qué dinero necesitas?

RAMIRO.

(Aproximándose al General y cayendo de rodillas.) Padre...

EL GENERAL.

(Con más pena que cólera.) ¿Qué dinero necesitas?

RAMIRO.

(Llorando.) ¡Padre!...

EL GENERAL.

¡Es inútil!

RAMIRO.

Perdóname. Fué una locura...

EL GENERAL.

(Sin mirarle.) ¡Esas acciones son locuras cuando las cometen los que se pueden librar de sus consecuencias; pero cuando los culpables son sujetos como tú, se califican más duramente!

RAMIRO.

Yo habría dado mi vida por que no lo supieras. Y si no me hubiesen impedido aprovechar el tiempo...

EL GENERAL.

(Impaciente.) ¿Cuánto necesitas?

RAMIRO.

(Con amarguísimo dolor.) ¡Pero escúchame!

EL GENERAL.

(Endureciéndose para que no le venzan las súplicas del hijo.) ¿Qué le has robado a tu regimiento?

RAMIRO.

¡Padre, padre!...

EL GENERAL.

(Cada vez más excitado.) ¿Qué he de entregar para que no te prendan por ladrón?

RAMIRO.

(Con desesperada violencia.) ¡No, no, no!... ¡Prefiero que me mates a que me insultes así! *(Se levanta.)* ¡Me mataré, si es preciso!

EL GENERAL.

¡Tú no eres capaz de morir! *(Sollozando broncamente.)* ¡Tú eres un ladrón!

EL CORONEL.

(Hondamente emocionado.) No es usted generoso, y olvida lo que me ha ofrecido.

El General.

(Entre sollozos convulsivos.) ¡Un hijo mío, ladrón!... ¡Educado por mí!... ¡Sin separarse de mí!...

El Coronel.

¡No!... Ligero, temerario, loco, si usted quiere; pero nada más.

El General.

(Procurando serenarse.) Di lo que necesitas.

Ramiro.

Que me perdones, que...

El General.

(Gritando.) ¡Lo que necesitas!... No admito ruegos ni explicaciones. ¡La suma que necesitas! Nada más. *(Bajando la voz.)* ¿Cuánto has... cogido? *(Ramiro llora.)* ¡Farsante!

El Coronel.

¡Por Dios, General!... *(Pausa.)* Son doce mil duros.

El General.

Se los daré a usted hoy mismo. *(A Ramiro, después de oprimir el timbre.)* Saldrás de aquí antes de una hora, y buscarás un pretexto para no volver. *(A JOSE, que acaba de entrar.)* El señorito se va a Madrid. Que le preparen mi automóvil. *(Sale detrás del Criado.)*

RAMIRO.

(Con una cólera fría que le hace temblar.) Coronel, esta buena acción le será premiada con creces. No lo dude.

EL CORONEL.

(Con orgullosa dignidad.) El premio, para mí, consiste en haberla realizado. No lo dudes tampoco.

FIN DEL ACTO PRIMERO



ACTO SEGUNDO

El despacho del General. A la izquierda, en primer término, una puerta; a poca distancia, la mesa, y en segundo término, junto al muro, un mueble que sirve de pedestal a una Belona de mármol y que oculta una caja de caudales. Al fondo, un cierro de cristales de gran amplitud. En la pared, a ambos lados del cierro, panoplias con armas. A la derecha, dos puertas. La del primer término comunica con un pasillo, y la del segundo, con las habitaciones de Elena y Julio. Entre las puertas hay un estante cargado de libros, y frente al estante, una mesilla supletoria con revistas, periódicos y unas grandes tijeras de cortar papel. Los muebles son de un color rojizo, y clara la tapicería de los muros. Un aparato portátil proyecta su luz sobre la mesa, dejando la estancia en una suave penumbra. Por el balcón entra la claridad de una noche de luna.

(El GENERAL, de codos sobre la mesa, medita, abandonándose a su abatimiento.)

EL CORONEL.

(Desde la puerta de la izquierda.) ¿Se puede quebrantar la consigna, mi General?

EL GENERAL.

(Incorporándose vivamente.) Pase, Ramón. Dé luz, tenga la bondad. *(El Coronel da vuelta a la llave*

del interruptor y se encienden las lámparas de un aparato que hay en el centro de la habitación.)

EL CORONEL.

Luz. Si pudiera darle serenidad y energía con tan poco esfuerzo...

EL GENERAL.

(Suspirando.) Ya las tendré. *(Confidencialmente.)* He emborronado algunas cartas, para no dejar nada en el aire. *(Con melancolía.)* Arreglemos esto, ya que lo que haga en lo porvenir no lo podremos arreglar.

EL CORONEL.

¿Y por qué no ha de portarse dignamente?... ¿Aún no ha reaccionado usted?

EL GENERAL.

(Con sencillez.) No; no lo he conseguido.

EL CORONEL.

Pues hay que defenderse.

EL GENERAL.

¡Soy tan viejo desde hace unas horas!...

EL CORONEL.

(Esforzándose en hablar en un tono alegre.) Pero la vejez no mata la esperanza. Sobre todo, cuando es transitoria, como la suya en estos instantes, y no hija del agotamiento.

EL GENERAL.

No se esfuerce, que para mí no hay consuelo. He sido demasiado feliz, y ahora no sabré habituarme a la desdicha.

El Coronel.

Y acaso ¿tiene usted necesidad de habituarse?... ¡Por Dios!... En cuanto mire con calma los hechos, sin que los deforme su imaginación, verá que lo ocurrido es perfectamente reparable.

El General.

(Con tristeza.) ¡Reparable!

El Coronel.

Reparable, sí. ¿Se sabrá la caída de Ramiro?... Pues, si permanece ignorada, no será mucho más grave que las caídas de pensamiento que a diario sufren los más puros de corazón.

El General.

Si Ramiro fuese de los que se levantan... Mas para él no hay salvación. Le conozco. Su mismo orgullo le perderá.

El Coronel.

Aquí, es posible. Pero ¿y fuera de aquí...? Ese orgullo, en otras tierras, ¿no se convertirá en un acicate que le hostigue y que le haga reconstruir su vida?

El General.

(Esperanzado.) ¿Cree usted...?

El Coronel.

Creo que Ramiro, fuera de su mundo de holganza, y libre de la influencia de algunas pasiones, cambiará. Y emprenderá algo, si dispone de lo preciso para emprenderlo. Y si lo emprende, no olvide usted que esos calaveras listos y valerosos suelen trocarse en hombres formales, haciendo maravillas.

El General.

¡Si alcanzara yo esa transformación!...

El Coronel.

¡Quién sabe! Otros peores se han enmendado.

El General.

Un muchacho simpático, inteligente, bravo hasta la temeridad, con una carrera magnífica, con un apellido como el suyo... ¡y se deja arrastrar estúpidamente por una afición indecorosa!

El Coronel.

Como otros mil de sus condiciones. No es una excepción.

El General.

Pero su falta, ¿se me puede olvidar?

El Coronel.

¿Qué hay que no se olvide?

El General.

No se olvida la deshonra de un hijo. Y como yo jamás olvidaré que mi primogénito ha robado, en lo sucesivo no me atreveré a condenar ninguna bellaquería; y cuando se hable ante mí de irregularidades o desfallecimientos deshonrosos, huiré ruborizado, cual si me aludiesen.

El Coronel.

Pero, amigo mío, nadie es responsable mas que de sus acciones.

El General.

¿Y quién habla de responsabilidades?... Yo hablo de vergüenzas y de dolores. ¡Es sangre mía la que se ha encendido con la fiebre del crimen!... ¡Soy yo mismo el que se ha despeñado, porque Ramiro, carne de mi carne y alma de mi alma, es una prolongación mía! *(Hay unos momentos de silencio.)*

El Coronel.

(Dominando su emoción.) Se martiriza usted, y con eso nada se consigue. Hay que aceptar estas pruebas a que Dios nos somete con paciencia y resignación.

El General.

Me faltan. Lo confieso. Todavía es pronto. *(Levantándose.)* Le voy a dar... lo de Ramiro. *(Abre la caja de caudales, coge un talonario, extiende un cheque y se lo entrega.)*

El Coronel.

(Sorprendido al mirar el cheque.) ¿Ciento veinte mil? Es el doble.

El General.

No le quiero lanzar a la miseria. Le entregará usted doce mil duros—la suma de que se apoderó—para que trabaje lejos de España. *(Como avergonzado de su debilidad.)* Y dígale que esté convencido de que aquí nadie le ha de rechazar si vuelve regenerado. Dígaselo como cosa suya.

El Coronel.

(Guardando el cheque en la cartera.) Se lo diré... y no puede figurarse con cuánta alegría.

(JULIO se asoma a la puerta de la izquierda. Viste de americana.)

JULIO.

(Con alguna timidez.) ¿Permites?

EL GENERAL.

(Afablemente.) Entra.

JULIO.

Como no bajaban ustedes...

EL GENERAL.

(Con dulzura.) Perdóname la encerrona. Tenía necesidad de estar solo.

JULIO.

(Reconviniéndole con cariño y respeto.) ¿Te hubiese yo molestado?... Bien sabes que no. Ni siquiera te habría pedido que te confiaras a mí. Me hubiera limitado a acompañarte.

EL GENERAL.

Lo sé, Julio.

JULIO.

Sólo me habría arriesgado a hacerte una pregunta... y ahora te la haré, si me lo consientes.

EL GENERAL.

¿No te lo he de consentir?

JULIO.

Ahí va entonces. Me he enterado...

EL CORONEL.

Por mí.

JULIO.

De que Ramiro te ha dado un disgusto grave. Lo que ha hecho lo ignoro.

EL GENERAL.

(Con frialdad.) Ramiro, que no es muy cuerdo, ha cometido una locura, y yo, castigándole, he procurado que recobre la razón.

JULIO.

(Con viveza al notar la frialdad de su padre.) Sobre ese punto no te interrogo. Te conozco lo bastante para saber que no le denunciarás. Y así, me reduzco a preguntarte: A mi hermano, ¿le amenaza algún peligro?

EL GENERAL.

(Con inquietud.) ¿Peligro?... ¿Por qué?

JULIO.

(Sacando una carta.) Porque tu *chauffeur*, al regresar, me entregó esta carta suya. *(El General, que coge la carta con nerviosa precipitación, al concluir de leerla se encoge de hombros.)* ¡No, de ese modo no me ha llamado jamás!... ¿Por qué le es indispensable que vaya inmediatamente a Madrid?... ¿Qué le sucede para que me diga que tal vez dentro de veinticuatro horas no estará vivo?

EL GENERAL.

(Con benevolencia.) Lo que le ocurre él te lo dirá, si le parece oportuno. Yo, para que no te alarmes, lo único que te debo decir es que nada le amenaza.

JULIO.

Sin embargo...

El General.

Nada. No te preocupes. Las consecuencias de su locura no caerán sobre él.

Julio.

Pero...

El General.

Ni sobre mí. Tranquilízate. Y no hablemos más del asunto. *(Pausa.)* ¿Vais a acostaros?

Julio.

¡Pchs!...

El Coronel.

(Mirando su reloj.) Las diez y media.

Julio.

Nuestra hora.

El General.

Yo tengo pocas ganas de dormir, y el paladar como el esparto. ¿Tomaría usted un sorbo de Jerez, Ramón?

El Coronel.

(Sacando la petaca y guardándosela al ver que está vacía.) No es mala idea.

El General.

(Levantándose.) Pues bajemos.

El Coronel.

(A Julio, que le ofrece cigarrillos.) No. Voy a coger de los míos, que son más fuertes. En seguida bajo.

(Salen el General y Julio por la izquierda, y el Coronel corta la corriente que da luz a las lámparas del centro y se va por la primera puerta de la derecha.)

(Segundos después aparece RAMIRO, que ha escalado el cierro valiéndose de un árbol; mira recelosamente la estancia; entra con rapidez, al comprobar que no hay nadie, y se introduce en las habitaciones de Elena y Julio. Apenas ha desaparecido retorna el CORONEL, que se detiene junto a la mesa, terminando de llenar la petaca. En esta operación le sorprende ELENA, que entra por la izquierda, sencilla y elegantemente ataviada.)

ELENA.

Pero, papá, ¿ya te has quedado a obscuras?

EL CORONEL.

¿No sobra con esta luz? *(La del aparato portátil.)* No es que yo sea cicatero, sino que...

ELENA.

(Burlándose finamente.) Sino que, como honrado guardia civil, eres amigo del orden.

EL CORONEL.

Vaya, que no se te olvidan mis frases, mujer. Eso es halagador. *(Elena se sonríe, y el Coronel la mira con inmensa ternura.)*

ELENA.

Quiero premiarte.

EL CORONEL.

Vamos.

ELENA.

Y te quiero declarar que eres un maestro contando historias, y que, en lo sucesivo, me fiaré de ti a ojos cerrados.

EL CORONEL.

Menos mal. *(Dándole palmaditas en las manos.)* Y ahora, ¿a dormir?

ELENA.

Pronto.

EL CORONEL.

¿Tranquila?

ELENA.

Tranquila.

EL CORONEL.

¿Como antes de que me llamara Julio?

ELENA.

Así.

EL CORONEL.

Entonces, bien hecho está lo hecho.

ELENA.

¿De qué recursos te has valido?

EL CORONEL.

(Con un gesto de cariñoso reproche.) ¡Oh!

ELENA.

Dispensa, papá. ¿Un abrazo?

EL CORONEL.

(Abrazándola.) Mil.

EL GENERAL.

(Dentro.) ¡Ramón!...

EL CORONEL.

Voy, voy a escape. *(Sale por la izquierda.)*

(Su hija se marcha a sus habitaciones, que al momento se iluminan. Entonces se oye un grito ahogado, y ELENA, muy pálida, vuelve casi huyendo, seguida por RAMIRO.)

RAMIRO.

(Resuelto, pero conteniendo la voz.) Si huyes será peor, porque te seguiré, ocurra lo que ocurra.

ELENA.

(Con angustia.) ¿Qué haces aquí?

RAMIRO.

(Con firmeza y frialdad.) Esperarte.

ELENA.

(Con una indignación que principia a quitarle el miedo.) ¡A mí, y en mi alcoba!... ¡Te has atrevido!...

RAMIRO.

(Con desdén.) ¿No he de atreverme?... Ya me atrevo a todo.

ELENA.

(Temblando como una epiléptica.) ¡Sal de mi casa!

RAMIRO.

¿Crees que he venido para irme?

ELENA.

(Haciendo un heroico esfuerzo para recobrar la calma.) Ramiro, creo, quiero creer que no habrás venido para quedarte aquí por la violencia; quiero creer que aun habrá en ti respeto para mi casa, que es la de tu padre.

RAMIRO.

(Sarcásticamente.) Yo no tengo ya padre.

ELENA.

¿Ni para respetar su casa?

RAMIRO.

Esta no es su casa.

ELENA.

(Rompiendo a llorar, con más cólera que temor.) ¡Eres un malvado!

RAMIRO.

¿Porque no me he dejado inutilizar?... *(Riendo sardónicamente.)* ¡Oh! Ya sé que todos los que no se dejan inutilizar son unos malvados.

ELENA.

(Con violencia.) Y ¿quién ha pretendido inutilizarte?... ¿Quién ha conspirado contra ti?.. Pero ¿te figu-

ras que no comprendo tu intención?... Acusas, para desconcertar y conseguir que no te acusen. *(Con desprecio.)* Maniobra de cínico, infame y torpe.

RAMIRO.

(Desdeñoso.) Insulta, insulta. Como esperaba tus insultos, me es igual. *(Con ironía.)* Si te doy la razón... Eso de presentarme lo mismo que un aparecido, cuando te creías libre de mí para siempre... sí, es una maniobra de bandolero. Un hombre digno hubiese tolerado que destruyeran su dicha y que después le echasen a puntapiés. Pero yo soy un miserable, un cínico, un tahur que se jugaría el honor contra unos duros, y aquí estoy para jugarme ahora la vida contra una promesa tuya. ¡Contra una promesa, contra el viento embustero de una promesa únicamente! ¡Mira si, además, seré estúpido!

ELENA.

(Conteniendo su ira.) Me das lástima. Te lo juro. ¿Qué es eso de jugarte la vida contra una promesa? ¿Qué promesa tendría yo que hacer? ¿Te figuras que para que satisficieras un innoble capricho iba yo a tirar mi decoro, mi independencia, mi cariño, mi felicidad?... ¡Tú estás loco!... Reflexiona, reflexiona... y vete, ¡ya que aún te puedes ir!

RAMIRO.

¿Todavía?... ¡Ahora no me echarás tan fácilmente!

ELENA.

¿Ahora? ¿Te he echado antes?... ¿Qué me quieres insinuar?... No comprendo nada de lo que ocurre. No sé cómo has entrado, ni por qué has reñido con tu padre, ni con qué objeto me aguardabas en mi habitación, ni por qué motivo me miras con encono.

RAMIRO.

Pues he entrado escalando el cierro, y lo he escalado porque no me hubiesen permitido entrar por la puerta. Y he reñido con mi padre porque el tuyo, azuzado por ti, indudablemente, ha conseguido que riñamos. Y aguardaba en tu alcoba porque tu alcoba era el único lugar donde nadie podía sorprenderme, ya que en ella sólo tiene entrada tu marido, que en estos instantes me estará buscando por Madrid.

ELENA.

(Con asco y pavor.) ¡Ah!

RAMIRO.

Y, por último, te miro con encono... porque te quiero demasiado.

ELENA.

¡Y para decírmelo engañas a Julio, pidiéndole que te auxilie, y le sacas de casa!... ¡Y cuando no está en casa, cuando no puedes temer que me defienda, entras cobardemente, como un ladrón, para abusar de mi abandono!...¡Pues no se ha ido, no me veo sola! *(Señalando hacia la puerta de la izquierda.)* ¡Está ahí!...

RAMIRO.

(Incrédulo.) ¡Bah!

ELENA.

¡Está ahí!

RAMIRO.

(Un poco desconcertado.) ¿A pesar de mi carta?

ELENA.

A pesar de tu carta. *(Aproximándose a la puerta.)* Escucha y le oirás.

RAMIRO.

(Después de escuchar unos segundos.) No le han conmovido mis súplicas. Como le comunicaba que tal vez antes de veinticuatro horas no existiría, habrá aplazado el viaje para ir, ya de luto, al entierro. *(Riendo silenciosamente.)* Es un gran corazón.

ELENA.

(Escuchando junto a la puerta.) ¿Suben? *(Sobresaltada.)* ¡Van a subir! *(Corriendo hacia Ramiro.)* ¡Una disculpa, por lo que más quieras!... ¡Te lo ruego!... ¡Di que has venido porque él no acudía a tu cita, y que, por miedo a tu padre, has entrado por el balcón!

RAMIRO.

(Con una calma amenazadora.) Eso no es verdad.

ELENA.

(Espantada.) ¿Qué vas a hacer?

RAMIRO.

Decirle a Julio la verdad. Y la verdad es que, pidiéndole auxilio, he intentado sacarle de aquí, y que, creyéndole ausente, he entrado como un ladrón, para abusar de tu abandono. Pero esta verdad hay que completarla con otra, y diré también que tú has intrigado para que me despidan. *(Exaltándose.)* ¡Sí; has intrigado!... ¡Lo presiento!... ¡Y has intrigado porque me has querido y temes que lo sepan, o porque me quieres todavía y, como una hipócrita, pretendes que te amparen contra ti misma!

ELENA.

(Herida en su pudor.) ¿Cómo? ¿Serás tan miserable y tan mentecato que creas eso?

RAMIRO.

(Vivamente.) ¿Y tus cartas? ¿Qué prueban tus cartas? Si las leyese Julio, ¿no opinaría como yo?

ELENA.

¡No opinaria como tú, porque no es malo como tú!

RAMIRO.

¿Escuece la verdad?

ELENA.

Esa calumnia, ¿es la verdad?

RAMIRO.

¿Te indignarías tanto si no lo fuese? *(Elena escucha un momento, corre de súbito hacia la puerta de la izquierda, sale y retorna en seguida.)*

ELENA.

(Con una emoción que la enronquece.) ¡Ya van a subir!... ¡Un minuto tienes para adoptar una resolución!

RAMIRO.

Sobra.

ELENA.

¡Piensa que soy la mujer de tu hermano; piensa que, aunque te hubiese querido, aunque te siguiera queriendo, hoy todo nos separa!

RAMIRO.

(Con saña.) ¡De ese modo seguramente le encendieron la sangre a Caín! Todo nos separa. ¡Y ese *todo* es una cosa tan pequeña como el hijo de mi padre!... Y siendo una cosa tan pequeña, me ha expulsado del corazón donde yo quise cobijarme y se ha interpuesto siempre entre la felicidad y yo.

ELENA.

(Volviendo a la puerta y hablando desde allí, lívida de angustia.) ¡Vete!... ¡Han salido del comedor!... ¡Vete!

RAMIRO.

(Con sombría resolución.) No, no huiré. Y tú...

ELENA.

¡Chss!...

RAMIRO.

(Bajando la voz.) Y tú vas a decidir de nuestra suerte. Si no te importa que Julio me vea tal como soy para él, déjale pasar. *(Sale por la puerta de la alcoba y la cierra.)*

(Elena coge un libro, y en cuanto lo abre, entran por la izquierda el CORONEL y JULIO.)

JULIO.

¿Y José?

ELENA.

¿José?... Pues durmiendo estará.

JULIO.

¿Con quién hablabas entonces?

ELENA.

(Procurando ocultar su confusión.) ¿Yo?

JULIO.

(Al Coronel.) ¿No la hemos oído?

EL CORONEL.

(Con prudencia.) No sé. Me pareció...

ELENA.

(Con perfecta naturalidad.) Me habréis oído leer. Estáis soñando.

JULIO.

Cuando yo decía...

ELENA

Pero ¿qué esperas?

JULIO.

¿Qué he de esperar?

ELENA.

¿No vas a Madrid?

JULIO.

¡Ah!... No caía. No, no voy. Ya me han tranquilizado.

ELENA.

(Reconviniéndole.) ¡Julio!... No es generoso lo que haces.

JULIO.

No lo sería si mi hermano corriera algún peligro. Pero ¿crees que estaría yo aquí tan sereno si no supiese que nada tiene que temer?

ELENA.

¡Oh, no, no!... ¡No estoy conforme!... ¿Y su carta?

JULIO.

Una exageración de las suyas.

ELENA.

Y ¿por qué ha de ser una exageración?

JULIO.

Mujer, porque papá asegura que nada le amenaza.

ELENA.

Bien. Lo dice papá...

JULIO.

(Interrumpiéndola.) Y cuando lo dice es porque lo sabe.

ELENA.

Pero ¿lo sabe Ramiro? ¿Te habría escrito con tanto apuro si lo supiera?

JULIO.

(Algo desconcertado.) ¡Ah! Eso...

ELENA.

Pues eso es lo principal: que lo sepa Ramiro. El es quien tiene que saberlo. El, que ahora teme sabe Dios qué horrendas complicaciones. ¿No es una acción egoísta dejarle solo y angustiado?

JULIO.

(Gravemente.) Es verdad. *(Mirando el reloj.)* Me voy.

ELENA.

Todavía puedes coger el último tren.

JULIO.

Sí.

ELENA.

O te vas en el automóvil, y regresas dentro de un par de horas.

JULIO.

Mejor es.

ELENA.

Aguarda. *(Va rápidamente a su habitación y sale al momento con un gabán y una gorra.)* Toma. *(Julio se pone el gabán al brazo.)*

JULIO.

(Al Coronel.) ¿Da usted el paseo?

El Coronel.

Si no le temiese a mi reuma...

Julio.

Pues hasta mañana.

El Coronel.

Hasta mañana.

Elena.

Hasta luego.

Julio.

Hasta luego. *(Sale Julio por la izquierda. Hay unos instantes de silencio. Elena coge el libro, siéntase junto a la mesa y principia a leer. El Coronel pasea, mirándola de vez en cuando recelosamente.)*

El Coronel.

(Procurando quitarle importancia a la pregunta con la dulzura del tono.) ¿Cómo leías en voz alta?

Elena.

(Un poco turbada.) ¡Pchs!... ¿Tiene eso algo de particular?

El Coronel.

(Extremando la dulzura.) Nada. Sino que como tú nunca has leído así...

Elena.

Es que las cosas de Teatro hay que leerlas de recio. Vamos, me parece.

JULIO.

(Dentro.) Buenas noches.

EL CORONEL.

(Asomándose al cierro para despedirle.) Buenas noches. *(Pausa.)* Has hecho bien.

ELENA.

Aunque Ramiro no lo merece...

EL CORONEL.

Es su hermano, y has hecho bien. *(Calla unos segundos y observa a Elena, que se remueve intranquila, con los ojos clavados en el libro.)* Tú no madrugas, ¿verdad?...

ELENA.

Según.

EL CORONEL.

Te lo digo porque pienso salir a caballo por la mañana y necesito una fusta. *(Dirigiéndose a las habitaciones de Elena.)* Cogeré ahora la de Julio, para que no te despierten. *(Elena, lívida de espanto, se levanta con rapidez.)*

ELENA.

(Con la voz insegura.) No; espera.

EL CORONEL.

¿Te vas a molestar por mí, inocente? ¡Estaría bonito! *(Da unos pasos hacia la habitación; pero Elena le detiene.)*

ELENA.

¡No, no! *(Consiguiendo sonreír.)* Si es que no sabes dónde pone Julio esas cosas. Deja que vaya. *(Desaparece en su habitación, que esta vez no se ilumina, y retorna inmediatamente. El Coronel, que mientras su hija está en la alcoba escucha con una ansiedad que le descompone el rostro, al volver Elena recobra su aspecto indiferente.)* La fusta.

EL CORONEL.

(Cogiéndola.) Ya te ahorraste el madrugón. Y me alegro, porque te noto... nerviosilla.

ELENA.

Si yo no gasto esos lujos, papá. Es que me miras con demasiado mimo.

EL CORONEL.

Esta noche lo mereces...

ELENA.

¿Por?...

EL CORONEL.

(En tono de broma.) Porque esta noche tu marido no podrá velar por ti. Esta noche sólo cuentas con tu viejo.

ELENA.

(Con una punta de intranquilidad.) ¡Oh, papá, papá!... *(Le abraza.)*

EL CORONEL.

Vamos a sentarnos. Te distraeré lo mejor que sepa.

ELENA.

¿No tienes sueño?

EL CORONEL.

Sí; pero hasta que tú te acuestes no me acuesto yo.

ELENA.

Pues si yo iba a leer un ratillo.

EL CORONEL.

Empieza. Ya has dicho que te gusta leer de recio las cosas de Teatro. Conque haces tu gusto y yo me entero.

ELENA.

Pero como tú has confesado que tienes sueño, te irás a dormir.

EL CORONEL.

Me iría, si antes no hubiese declarado que esta noche, en sustitución de Julio, seré tu protector.

ELENA.

(Disimulando su inquietud.) ¿Me acecha algún enemigo?

EL CORONEL.

(Riendo.) Muchos. Las sombras de la noche, el influjo pernicioso de las estrellas, los malos sueños... *(Gravemente.)* ¡Oh, son muchos, y hoy te defenderá de todos ellos tu padre, como cuando eras chiquita y necesitabas de él!

ELENA.

Siempre necesito de ti, siempre necesito de tu cariño... ¿Lo dudas?

EL CORONEL.

(Abrazándola con ternura.) ¡Qué sería de mí si lo dudara! *(Se sienta, enciende un cigarrillo y le da a su hija el tomo de Shakespeare.)* Ea, levanta el telón. Si se te antoja, esperaremos a Julio.

ELENA.

(Quejándose amorosamente.) Papá, no soy tan dura de entrañas. *(Levantándole con dulzura.)* A dormir. Un beso. *(Le presenta la frente y el Coronel la besa.)*

EL CORONEL.

Anda, hija mía.

ELENA.

Anda tú.

EL CORONEL.

En cuanto fume este cigarrillo. *(Empujándola con suavidad.)* Hasta mañana.

ELENA.

Hasta mañana.

(Al irse Elena se transfigura el Coronel. En su rostro se pinta una inquietud torturadora, y la reposada lentitud de sus movimientos desaparece. Con una agilidad de muchacho,

se acerca a la habitación de su hija y escucha, conteniendo el aliento. Después recorrc el despacho presa de viva agitación, tira el cigarrillo, siéntase, intenta leer y rompe en sollozos. Y de pronto arroja el libro, vuelve a acercarse a la habitación de un modo tan violento que parece que va a derribar la puerta, se detiene irresoluto, domina sus ímpetus y habla, por fin, con razonable serenidad.)

EL CORONEL.

¿Llamabas, Elena?

ELENA.

No, papá.

EL CORONEL.

Me pareció...

ELENA.

No llamaba, papá.

EL CORONEL.

Descansa.

ELENA.

¿Te retiras?

EL CORONEL.

(Aún con la esperanza de que le llame.) ¿Te hago falta?

ELENA.

¿Para qué?... Buenas noches, papá.

EL CORONEL.

(Con un mortal desaliento en el rostro.) Buenas noches.

(El Coronel va a la mesa, corta la luz del aparato portátil y de puntillas se dirige al cierro y se esconde en uno de sus costados. Sólo ilumina la estancia la débil claridad de la luna. A veces asómase el Coronel para registrar con miradas ansiosas la habitación, y así ve que la puerta que da acceso a la alcoba de su hija se entreabre, y se oculta rápidamente. ELENA va abriendo poco a poco la puerta; cierra, después de mirar al pasillo, la que conduce al dormitorio del Coronel y vuelve a la de su habitación.)

ELENA.

(En voz baja.) Sal.

RAMIRO.

(En un tono casi natural.) Y ¿por qué salir?

ELENA.

¡Chs!... *(Escucha empavorecida y después responde con vehemencia.)* ¿Por qué?... ¡Porque en mis habitaciones no tiene derecho a estar nadie mas que mi marido! Y ahora, márchate, sal de aquí... ¡Ya te he salvado! He mentido por ti, soy tu cómplice... ¡Vete, pues!

RAMIRO.

¡Ah, no! *(Levantando la voz.)* ¡Eso, no!

ELENA.

(Con energía.) ¡Silencio!

RAMIRO.

(Bajando el tono y elevándolo después inconscientemente.) Yo he venido para conseguir algo que me es indispensable y no me dejaré echar. Ya te lo advertí. Guardo tus cartas. Esas cartas—especialmente dos, que carecen de fecha—tendrían un valor inapreciable para Julio. Cómpramelas.

ELENA.

(Interrumpiéndole.) ¡Calla!

RAMIRO.

¡Te las venderé!

ELENA.

(Con pavor.) ¿No has oído? *(Corriendo hacia la puerta que comunica con la habitación del Coronel.)* ¡Vete!

RAMIRO.

¡Sin que me escuches, no!

ELENA.

(Llorando.) ¡Es mi padre!... ¡Nos está oyendo, quizás!... ¡Va a sorprendernos por tu causa!... ¡Después de haber obligado yo a Julio a que se fuera! ¡Y él sospecha algo!... ¡Nos oyó antes!... ¡Ramiro, sé bueno, ten caridad!...

RAMIRO.

(Con torva tozudez.) Si arreglas lo de las cartas.

ELENA.

¡En otra ocasión!

RAMIRO.

¡No; hoy, ahora!

ELENA.

(Con una expresión conmovedora de miedo y debilidad.) Pero ¿no ves que me hielo de espanto?... ¿No ves que mis nervios no pueden resistir más?... Arreglaremos lo de las cartas; mas aquí solos, no. Fuera de aquí. Tú no debes estar aquí solo conmigo. Fuera, fuera... ¡Que si nos sorprenden haya algo que me disculpe! ¡Me pondré de rodillas para pedírtelo, si quieres!

RAMIRO.

(Conmovido.) Fuera de aquí. Sea. ¡Pero ahora!... Ve al salón. Yo bajaré por donde he subido, y hablaremos por la reja. *(Amenazadoramente.)* ¡Mas te juro que volveré a subir si no bajas, y que entonces sabré vengarme!

ELENA.

¿Por qué no había de bajar?... Precisamente tiene una reja el salón donde será casi imposible que nos vean... Y tú estarás fuera de casa, y yo en casa. Y si nos sorprendiesen sería distinto. Ya voy. Ahora mismo voy... aunque no puedo andar. Pero ya voy.

RAMIRO.

Da luz.

ELENA.

¡No, por Dios!... ¿No subiste sin luz?

RAMIRO.

Es por ti.

ELENA.

No, no te apures por mí. Ya bajo. *(Sale por la izquierda andando lentamente, sacudida por un temblor nervioso que no consigue dominar.)*

(Ramiro espera unos segundos para cerciorarse de que no le engaña; abre luego la puerta que conduce a la habitación del Coronel y, seguro de que nadie le espía, avanza vivamente hacia el cierro; pero allí le corta el paso su enemigo.)

EL CORONEL.

(A media voz, mas con una terrible expresión de cólera y fiereza.) ¡Alto!

(A Ramiro no le acobarda la sorpresa, y en vez de retroceder, saca rápidamente un revólver; pero el viejo se lo quita de un manotón, le acomete, y después de luchar en silencio, le derriba. Entonces pone el arma sobre la mesa y enciende la lámpara del aparato portátil. Ramiro levántase jadeando.)

RAMIRO.

(Con desdén.) ¡Espía!

EL CORONEL.

(Con una serenidad que encubre un rencor tremendo.) Una de las obligaciones de mi oficio es la de acechar a la gentuza.

RAMIRO.

(Escupiendo la palabra.) ¡Traidor!

EL CORONEL.

(Descomponiéndose.) ¡Por mi hija, sí! *(Cogiéndole por el cuello con rabia homicida.)* ¡Y seré por ella verdugo, si hace falta, y te ahogaré entre mis manos!

RAMIRO.

(Consiguiendo zafarse de un envión.) ¡Suelte!... ¡No se valga de su fuerza bestial!

EL CORONEL.

¡De la fuerza te has valido tú, y contra una mujer, cobarde!

RAMIRO.

(Retrocediendo.) ¡Déjeme coger un arma! ¡Sea caballero y honre ese uniforme!

EL CORONEL.

¡Poniéndome frente a ti, como un caballero, lo deshonraría!

RAMIRO.

(Con una excitación frenética.) ¡Pues no me toque usted!... ¡Prefiero que me asesine!

EL CORONEL.

(Recobrando la calma.) Eso sería lo discreto. Conozco que no matarte es cometer una mala acción. Hasta por los hijos. Sí, porque puedes tener hijos que se te parezcan, y convendría exterminarlos an-

tes de que salgan de ti. Pero yo no te mataré... por ahora. Por ahora, me conformaré con que te expatríes. América es un buen país para los que quieren darle un nuevo rumbo a su vida.

RAMIRO.

(Dueño ya de sí mismo.) Pero yo quiero hacer con la mía todo lo contrario. Quiero darle su rumbo antiguo; quiero que sea lo que sería sin cierta villana conspiración.

EL CORONEL.

(Desdeñoso.) ¿Obra mía tal vez?

RAMIRO.

Exactamente.

EL CORONEL.

(Burlón.) ¡Hombre!...

RAMIRO.

¡De usted, que se propuso echarme de aquí, y lo consiguió!

EL CORONEL.

¡Cómo!... ¿No ha sido tu padre el que te ha echado?

RAMIRO.

¡Porque le empujó usted ferozmente!

EL CORONEL.

¡Digo!... ¡Y yo que me figuré que le empujaron su cólera y su vergüenza!

RAMIRO.

¡Pero por culpa de usted!

El Coronel.

(Pasando de la burla a la ira.) ¿Fuí yo, quizás, el que aligeró la caja?... Ramiro, no confundamos.

Ramiro.

(Cada vez con mayor sangre fría.) Ese es ya otro problema. Usted no aligeró la caja: usted ha cometido una acción aun más vil. Porque yo, en una hora de ceguedad en la que el vino y la ambición me llevaron a la locura, cogí un dinero que no me pertenecía; pero usted, sin la sombra de una disculpa, fríamente, ha revelado un secreto que yo le di a guardar. Y como de él dependía mi honor, usted me ha robado el honor, y con el honor, el cariño de mi padre, y con el cariño de mi padre, la posibilidad de que todavía mi existencia fuese honrada. Por tanto, entre nosotros, no soy yo el más indigno.

El Coronel.

(Despreciativo e indignado.) ¡Ah, no, no!... ¡Frases, no!... ¡De ningún modo! *(Enérgicamente.)* Tú habías robado. Yo no podía salvarte. Yo no debía consentir que cayeras. Y para que tu padre te salvara hablé. ¡A él nada más! Esto es todo, y esto no permite frases. *(Pausa.)* Y ahora, sin frases, lisa y llanamente, digo que vas a salir de esta casa para no volver jamás. Y por la puerta, no por el balcón. Y conmigo, para que, si te han visto entrar, crean que has entrado por mí.

Ramiro.

Es hermoso el programa; pero falta, para que se cumpla, que lo acepte yo.

El Coronel.

(Amenazador.) Pero tú lo aceptarás, porque aún no estás loco.

RAMIRO.

¿Se atrevería usted a jurarlo?

EL CORONEL.

Como hace unos minutos te he oído proponer la venta de unas cartas, y vender siempre es de cuerdos, sí me atrevería. ¿Cuánto valen esas cartas?

RAMIRO.

Lo que usted no tiene.

EL CORONEL.

(Con un temblor de voz que indica que le va cegando la cólera.) Yo tengo algo inapreciable para ti, porque en este momento dispongo de tu vida.

RAMIRO.

Ahora es usted el que hace frases.

EL CORONEL.

¡Dispongo de tu vida, soy el dueño de tu vida!... *(Enclavijando las manos.)* ¡Te la puedo arrancar de un apretujón!... *(Dominándose.)* Pues bien; a cambio de las cartas te doy la vida y te daré, además, dinero.

RAMIRO.

No.

EL CORONEL.

Mucho dinero.

RAMIRO.

No.

El Coronel.

(Con una emoción que le enronquece.) ¡Te matas, Ramiro!

Ramiro.

(Impasible.) ¿Para qué le he de repetir que las cartas valen lo que usted no tiene?... Puede usted asesinarme, si gusta.

Elena.

(Dentro. En voz baja y con temor.) Ramiro... Ramiro...

Ramiro.

Asesíneme... y luego entiéndaselas usted con su hija. *(Entra ELENA por la izquierda.)*

Elena.

(Conteniendo un grito de espanto al ver a su padre.) ¡Oh! *(Rompiendo en seguida a llorar.)* ¡Dios mío!... ¡Dios mío...!

El Coronel.

(Gravemente.) Elena, retírate.

Elena.

(Corriendo hacia él y abrazándole.) ¡No, no, papá!

El Coronel.

(Rechazándola con dulzura.) Déjanos. *(Amargamente.)* No nos debes oir. Quiero ahorrarte esa... violencia.

Elena.

(Con angustia.) Pero ¿qué supones?... ¿Te imaginas quizás?... *(Con altivez.)* ¡Has dudado de mí!

EL CORONEL.

(En un grito que es un sollozo.) ¡No!... ¡De ti, no!... ¡De él!

ELENA.

¡En lo que se relacione conmigo, ni de él!

EL CORONEL.

(Cual si no se atreviese a creer lo que oye.) ¡No hay nada entre ese individuo y tú!...

ELENA.

(Con fiereza.) ¡Por mi parte, odio!

EL CORONEL.

(En un estallido de júbilo y hablando entre risas y lágrimas.) ¡Bravo!... ¡Bravo!... ¡Tú le odias!

ELENA.

¿Qué temías, padre?

EL CORONEL.

¡Perdóname!... ¡He sido un necio!... ¡Te he ofendido como un imbécil!... ¡Pero tú le odias! ¡Y eso es lo importante: que tú le odias, que entre él y tú no hay nada! *(Con una expresión inefable de alegría.)* Nada. *(Mirando a Ramiro, que ya no tiene escudo contra su cólera.)* ¡Nada!

RAMIRO.

(Desafiador.) Y ¿no lo hubo antes?

ELENA.

(Fulminándole con la mirada.) ¿Qué hubo? ¿Un noviazgo?

El Coronel.

¿Y esgrime semejante sandez?

Elena.

Di si hubo más. *(A su padre.)* Un noviazgo de unos meses, siendo yo una chiquilla y cuando ni pensaba en tratar a Julio. Eso es lo que hubo entre nosotros. ¡Toda esa enormidad!

El Coronel.

Es decir, que las cartas...

Elena.

Las cartas son como las que escriben las novias de quince años.

Ramiro.

(Burlándose.) ¿Con tanta frialdad las escriben?

Elena.

¿Y he dado yo a entender tal cosa?... ¡Te escribí con pasión porque te acepté creyendo quererte, y yo no he caído jamás en la coquetería! Pero aquello pasó sin dejar en mí la más leve huella. De tal modo pasó, que ni lo habría recordado si tu cinismo no me lo hubiese hecho recordar.

El Coronel.

(Reprimiendo a duras penas sus ansias de acometerle.) ¿Lo oyes?

Elena.

(En una explosión de vergüenza, dolor e ira.) ¡Persiguiéndome el muy traidor, padre!... ¡Aquí, en la misma casa de su hermano!... ¡Y comiendo su pan, y valiéndose de su confianza y su cariño...!

RAMIRO.

(Vivamente.) ¡No!... ¡De su torpeza y de su indiferencia!... Y tú, ¿me has rechazado?

ELENA.

¡Y me lo preguntas!

RAMIRO.

¿Negarás que me has oído, si no con gusto, benévolamente?

ELENA.

¡Por miedo!... ¡Por miedo, padre!... ¡Es verdad: le he escuchado, he consentido así que me martirice, porque se me erizaban los cabellos de horror al imaginar que con una repulsa violenta podía poner frente a frente a los dos hermanos!

EL CORONEL.

(Sin mirar a Ramiro.) ¡Sangre de Caín!

ELENA.

¡Si la tiene!... ¡Si no lo niega!... ¡Si ha llegado a amenazarme con matar a Julio!... *(A Ramiro, que sonríe con desdén.)* ¿Miento? *(Al Coronel.)* Y ¿qué hacía yo?... ¿Quién, sin tener de piedra las entrañas, se atrevería a pensar en ciertas delaciones?... ¿Quién hallaría palabras para hacerlas?... Y el que las encontrase, ¿cómo las pronunciaría, sabiendo que con ellas saldría de sus labios la muerte?... ¡Oh, yo las encontré! ¡Cien veces las encontré, y cien veces el espanto las heló en mi boca!

EL CORONEL.

Pero ¿y yo? ¿No disponías de mí?

ELENA.

¿Para abrumarte con la confesión de estas vergüenzas?

EL CORONEL.

¡Es que yo las habría sabido castigar!

ELENA.

¿En el hermano de mi marido?... ¿No caes en que Julio es hijo tuyo también?... Y ¿no comprendes que al castigar a Ramiro, hubieras tenido que darle una explicación que no es posible dar?

EL CORONEL.

(Sombríamente.) Es cierto. *(Después de una pausa.)* Ramiro, en nombre de tu padre, te voy a entregar unos miles de duros para que te vayas a América. Son doce mil. ¿Quieres otros doce mil por las cartas?

RAMIRO.

(Con sequedad.) No.

EL CORONEL.

¿Valen más?

RAMIRO.

Usted no puede pagarlas. Ya se lo he dicho.

ELENA.

¿Yo, sí?

RAMIRO.

Sí.

ELENA.

¿A qué precio?

EL CORONEL.

¡Cuidado, Ramiro!

RAMIRO.

Al de mi vuelta aquí. *(Callan unos segundos. La audacia de la proposición asombra a Elena y al Coronel.)*

ELENA.

(Arrebatadamente.) ¡Pero eso es un ultraje! Acaso yo, ¿me voy a resignar a sufrir de nuevo ese tormento?

RAMIRO.

(Con ira.) Y yo, ¿voy a consentir que me eches?

EL CORONEL.

Y yo, ¿voy a soportar que amenaces?

ELENA.

(Con sarcasmo.) ¡Que todo quede como estaba!

EL CORONEL.

¡Es brutal la audacia!... Si me ha bastado una insinuación, que me hizo presentir tu villanía, para intrigar a fin de que te expulsaran, ahora, cierto de ella, ¿te iba a dejar libre el camino?

ELENA.

Y yo, ¿iba a tolerarlo?... ¿Iba a introducirte otra vez en mi hogar para que, por odio y por envidia a tu hermano, en primer término, siguieras asediándome?

RAMIRO.

(Descomponiéndose.) ¡Es decir, que no me auxiliarás!

ELENA.

¡A ese precio, no!

RAMIRO.

¡Te niegas a salvarme!

ELENA.

¡Para que no nos pierdas!

RAMIRO.

(Con dolorosa exaltación.) ¡No, no!... ¡Yo cambiaré!... ¡Seré para ti un hermano, un esclavo...!

ELENA.

¿Tú?... ¡No cambiarás!

RAMIRO.

(Airadamente.) ¡No olvides que poseo un arma contra ti!

ELENA.

¿Y te atreverás a utilizarla?

EL CORONEL.

(Desdeñoso e indignado.) ¿Ese?... ¡A todo!... No tienes ni siquiera una idea remota de las hazañas a que se arriesgaría. ¿Sabes por qué le han despedido?

RAMIRO.

(Intentando parar el certero golpe con la violencia.) ¡Usted no lo puede revelar!

El Coronel.

(Fríamente.) Con gente que emplea tus armas, queda un caballero desligado de toda obligación.

Ramiro.

(Con fiereza.) ¡Repito que usted no lo puede revelar!

El Coronel.

(Sin ablandarse.) ¡Puedo y debo! Porque, conociéndote tanto Elena, no te conoce bien todavía y es preciso que te conozca.

Ramiro.

¡Insisto en que usted no puede hablar, si es un hombre de honor!

El Coronel.

(Indignado.) Para Elena, ¡qué he de ser un hombre de honor! Soy más: soy un padre. *(A su hija.)* ¿Sabes por qué le han despedido?

Ramiro.

(Interrumpiéndole, cada vez más exaltado.) ¡Va usted a volverme loco!... ¡Calle usted!... ¡A ella, no!

El Coronel.

Pues le han despedido...

Ramiro.

(A punto de perder la cabeza.) ¡Calle, por caridad!... ¡A ella, no!

Elena.

Cállate.

El Coronel.

(Con un odio implacable.) ¡No! ¡Es preciso que le conozcas bien! ¡Le ha despedido su padre...!

Ramiro.

(Arrojándose sobre él, ciego de ira, y pretendiendo taparle la boca.) ¡No!

Elena.

(En un arranque varonil.) ¡Ramiro!

El Coronel.

(Rechazando a su agresor de un manotazo.) ¡Por ladrón!

Ramiro.

¡Ah, cobarde, miserable!...

(Completamente enloquecido, coge lo primero que ve, las tijeras que hay en la mesilla, y se lanza contra su delator, que le vuelve desdeñosamente la espalda, resuelto a asesinarle.)

Elena.

(En un grito de aviso.) ¡Padre!

(Pero como, al gritar, ya Ramiro ha levantado el brazo para herir al Coronel, Elena, con la velocidad del pensamiento, empuña el revólver, que está en la mesa, a su alcance, y dispara a bocajarro sobre Ramiro, que retrocede tambaleándose y se desploma.)

El Coronel.

(Con desesperación vehementísima, después de unos instantes de estupor.) ¡Qué has hecho!... ¡Qué has hecho!... ¡Qué has hecho!...

(Elena mira el cadáver, tira el arma, exhalando un grito de horror, y rompe en sollozos. El Coronel, rapidísimamente, corta la luz, después de haber cogido el revólver; se apoya el cañón en el biceps del brazo izquierdo y dispara.)

Elena.

(Con un pavor trágico.) ¡Padre... ¡Padre!... *(Gritando.)* ¡Socorro!... ¡Aquí!... ¡Socorro!... *(Desde la puerta de la izquierda vuelve hacia el Coronel para auxiliarle.)*

El Coronel.

(En voz baja, empujándola hacia la puerta.) ¡Grita!... ¡No dejes de gritar, por Dios!... ¡Grita!... *(Gritando.)* ¡Socorro!... ¡Socorro!...

Elena.

(Sollozando.) ¡Padre!... ¡Padre!...

El General.

(Dentro. Con la voz empavorecida.) ¿Qué pasa?

Elena.

¡Aquí!... ¡Socorro!...

El General.

(Terriblemente alarmado.) ¿Qué pasa? *(Llamando, más cerca.)* ¡José!

El Coronel.

(Muy bajo.) ¡Y no hables ahora, si no quieres que me mate!

El General.

(Dentro.) ¡Elena! *(Entra por la izquierda el GENERAL.)*

El Coronel.

¡Luz! *(El General da luz a las lámparas del centro y corre hacia el Coronel.)*

El General.

(Con un asombro tan grande como su emoción.) Pero... ¡está usted herido!

El Coronel.

(Hablando trabajosamente.) De un modo increíble... Se acababa de retirar Elena... corté la luz para retirarme también... y de pronto... saltó por ahí un hombre, me disparó a quemarropa... y por milagro le pude arrebatar el arma y tumbarle de un tiro. *(Elena arrecia en el llanto.)*

El General.

¡Es asombroso!... *(Entra JOSE.)*

Elena.

(Por el brazo herido.) ¡Papá, tú no debes seguir así!

José.

(Con terror, porque, pasando por detrás de la mesa, ha visto el cadáver.) Señor...

EL GENERAL.

(A José.) Ve en seguida por un médico.

JOSÉ.

(Señalando hacia el cadáver, con los ojos nublados por las lágrimas.) ¡Pero, señor!...

(El General, herido en el corazón por un terrible presentimiento, corre adonde está José, ve al caído y se vuelve, dando un grito espantoso.)

EL GENERAL.

(Deteniéndose frente al Coronel, más pálido que un muerto.) ¡Es Ramiro!... ¡Es mi hijo!... ¡Ha matado usted a mi hijo!...

EL CORONEL.

(Fingiendo un gran asombro.) ¿A Ramiro? Y él, ¿ha disparado sobre mí?

EL GENERAL.

¡Ha matado usted a mi hijo!

ELENA.

(Gritando y sollozando.) ¡Mi padre, no!... ¡No ha sido mi padre!

EL CORONEL.

(Abrazándola para impedir que se denuncie y gritando más que ella.) ¡Fué él!... ¡Ya lo oye!... ¡Se ha matado él!... ¡El, que me obligó a defender mi vida!

EL GENERAL.

(Con una angustia sobrehumana.) ¡Mi hijo!... ¡Mi hijo de mi alma!... ¡Ya no tengo hijo!... *(Con salvaje furia.)* ¡Y vive usted!

EL CORONEL.

(Ofreciéndole el revólver.) En sus manos está el que deje de vivir. *(El General se apodera del arma; pero Elena, abrazándose a su padre, le escuda con su cuerpo, sacudido por los gritos y los sollozos.)*

ELENA.

¡No, no, no, no!... *(Y el General, vencida su entereza por las lágrimas, déjase caer en un sillón, gimiendo con la debilidad de un niño.)*

FIN DEL ACTO SEGUNDO



ACTO TERCERO

En el salón bajo de la quinta.

(ELENA, agitadísima, se acerca rápidamente a una de las ventanas para llamar a JOSE, que pasa por el jardín. Elena viste de negro. Tiene los ojos enrojecidos por las lágrimas, y las mejillas demacradas y empalidecidas por el insomnio.)

ELENA.

José, hágame el favor. *(El Criado atraviesa el jardín y entra en seguida.)* ¿Le necesitan ahora?

JOSÉ.

Me parece que no. Pero si me llaman, oiré el timbre desde aquí. Digo, si es que la señora desea que esté aquí.

ELENA.

¿Le faltará mucho todavía?

JOSÉ.

¿Al señor juez? *(Elena afirma con una cabezada.)* Pues no sé qué decirle. *(En tono confidencial.)* A mí

«me se» figura que están hablando todos en paz y en gracia de Dios, como buenos amigos.

ELENA.

(Con ansiedad.) ¿Mi padre también?

JOSÉ.

Todos. *(Pausa.)* Yo creo... con el permiso de la señora, que la señora no tiene por qué preocuparse.

ELENA.

(Fingiendo tranquilidad.) Si no me preocupo, José. Tengo impaciencia, mucha impaciencia; pero nada más.

JOSÉ.

Naturalmente. Lo decía porque demasiado sabe la señora que nada se sacará en limpio.

ELENA.

(Con una inquietud que no consigue ocultar.) ¿De seguro?

JOSÉ.

(Convencido.) ¡A ver!... El chófer se había ido a Madrí con el señorito Julio...

ELENA.

Sí; pero ¿y Juana y Luisa?

JOSÉ.

Pues Luisa dirá que estaba en el pabellón, durmiendo—porque es verdá que estaba durmiendo—, y que no oyó los tiros. Y la cocinera dirá que la des-

pertaron los tiros, porque también es verdá que la despertaron los tiros. Y ahí se acabaron las relaciones.

ELENA.

Es decir, que de lo demás...

JOSÉ.

Y ¿qué saben ellas de lo demás, si cuando subieron, ya el señorito Julio había arreglado y más que arreglado el asunto?

ELENA.

(Disimulando su temor.) Y usted, José, ¿no se equivocará?

JOSÉ.

(Ofendido.) ¡Señora!...

ELENA.

(Vivamente y con dulzura.) No es que yo dude de su buena intención ni del cariño que nos profesa; pero los jueces saben preguntar de un modo... Es su oficio, José. Hacen preguntas que parecen inocentes, y poco a poco van enredando a las personas, hasta que averiguan lo que desean averiguar.

JOSÉ.

(Con energía.) ¡Conmigo no hay forma!

ELENA.

Sin embargo...

JOSÉ.

¡Que no!... ¡Que a mí no hay juez que sea capaz de dármela!... Y éste menos, porque. como le conozco, no me impone.

ELENA.

Sí, sí; pero...

JOSÉ.

Aunque fuese tan listo como el hambre—que no lo es—no me sacaría del cuerpo una palabra que comprometiera. Yo a mi *leción*, y de mi *leción* no salgo: Que oí los tiros; que me llamó el señor General; que vi al señor Coronel herido y al señorito Ramiro muerto, y que me enteré de que el señorito se había suicidado...

ELENA.

Hiriendo a mi padre.

JOSÉ.

Hiriendo al señor Coronel, cuando el señor Coronel peleaba a brazo partido con el señorito para quitarle el revólver.

ELENA.

(Después de una pausa.) Así es, José. *(Tendiéndole la diestra.)* Gracias.

JOSÉ.

(Rozándole las puntas de los dedos tímida y respetuosamente.) Esto es hacer mucho más de lo que yo hago. Porque esto es hacer un favor, y yo no hago un favor. A mí me decide la *satisfación* total o *asoluta*. ¿Comprende la señora?

ELENA

No importa.

JOSÉ.

Desde que entré de asistente con el señor General, que era entonces tan muchacho como yo, conozco al padre de la señora y sé quién es por dentro. Y sabiéndolo, me jugaría la cabeza a que lo que ha dicho es la pura verdá. El difunto le tiró... cualquiera averigua por qué causa. *(Apoyándose el índice de la diestra en la sien y moviéndolo como si se la fuese a barrenar.)* Quizás porque no regía bien. Pero le tiró, y el señor Coronel tuvo que defenderse. Lógico, tratándose de una persona que no es manca.

ELENA.

(Que ve al General.) ¡Chs!

(Entra el GENERAL. Sus ojos han perdido el brillo, y su bigote, lacio, nada conserva de su bélica petulancia; pero la obstinación de su entrecejo es mayor que nunca. Viste de negro.)

JOSÉ.

¿Manda otra cosa la señora?

ELENA.

No.

EL GENERAL.

No te alejes, por si te llama el juez.

JOSÉ.

Subiré en seguida. *(Sale José.)*

El General.

(Con amarga ironía.) ¿Estabas haciéndole recomendaciones?

Elena.

¿Obraba mal?... Sí, le hacía recomendaciones.

El General.

Tranquilízate. José es demasiado discreto, tratándose de cosas que me interesen.

Elena.

(Con nerviosa precipitación.) No, no. Perdone usted. En este caso, lo que ocurra no le interesará a nadie ni la mitad que a mí. *(Conteniéndose.)* Por eso ahora, por mucha que sea la discreción de José, no será demasiada.

El General.

Bien. Será, por lo menos, suficiente.

Elena.

(Con orgullo.) Así lo espero, porque José, como todo el que conoce a mi padre, le estima.

El General.

(Fríamente.) Hoy, con que le ayude, prestando declaración a su favor, y con que el juez crea lo que diga, basta. Y el juez le creerá, ya que todos afirmamos lo mismo.

Elena.

¿Sólo por eso?

El General.

Por eso y porque la casualidad ha favorecido a tu padre, permitiendo que el proyectil que mató a Ramiro fuera de su propio revólver. *(Con un odio que se adivina en el temblor levísimo de la voz.)* Y ha hecho más la casualidad: ha hecho que la sien rota por la bala fuese la derecha, la que se rompen los suicidas. Os ha servido bien la casualidad.

Elena.

Y usted... ¿lo siente?

El General.

(Después de un segundo de perplejidad.) No. *(Pausa.)* Puesto que lo pasado no tiene remedio, celebro que, ahora, la verdad sea lo único inverosímil.

Elena.

(A punto de llorar.) ¡Pero no lo celebre usted así, con los labios, sino con el corazón!

El General.

(Melancólicamente.) ¡Con el corazón!

Elena.

¡Con el corazón!... ¡Sea usted justo! *(Con lágrimas en la voz.)* ¡Que la casualidad ha favorecido a mi padre!... ¡Pues a la casualidad, esta vez, hay que llamarla justicia! ¡Justicia, porque mi padre no ha cometido ningún crimen!... ¡Lo juro delante de Dios!

El General.

(Con triste severidad.) ¡Júralo, pero no a gritos, Elena!

ELENA.

Perdóneme usted. ¡Defiendo a mi padre!

EL GENERAL.

¿Le he atacado yo?

ELENA.

¿Y no le pesa ya el no haberle atacado? *(Rompiendo a llorar súbitamente.)* ¡Y eso, no es justo!

EL GENERAL.

(Con energía.) ¡Lo injusto es que me ofendas con semejante suposición! También a mí todo el que me conoce me estima. Y me figuraba que tú me conocías un poco.

ELENA.

Y no le estimo, sino que le quiero. Y porque le quiero, me duele verle contra mi padre. ¡No lo niegue usted!... Aunque usted se figure que no está en contra suya, lo está. Acaso, anoche, ¿no intentó usted agredirle?

EL GENERAL.

(Bajando la cabeza.) Con el cuerpo de Ramiro ante mis ojos... En un momento de ceguedad y de perturbación. *(Pausa.)* Fué muy grande el golpe, y yo, con la carga de los años, voy quedándome sin resistencia para padecer con dignidad. Pero le supliqué a tu padre que me disculpara y transigí con todo lo que propuso Julio.

ELENA.

(Reconviniéndole.) Transigió usted.

EL GENERAL.

(Con dulzura.) Me he expresado mal. Aplaudí su idea. *(Con doliente debilidad.)* Tú debes ser benévola conmigo y perdonarme estas faltas. Por mi brusquedad te he entristecido, y entré aquí con la resolución de consolarte... Ya ves. Pero, si soy brusco, no soy malo.

ELENA.

¡Oh, no!

EL GENERAL.

También tú tienes tus faltas, y yo te las perdono. Desde anoche, tú, la mujer de mi Julio, no me llamas padre. Luego no he perdido a Ramiro solamente.

ELENA.

(Con sincera emoción.) ¡No, padre, padre!

EL GENERAL.

(Reponiéndose.) Dímelo, que ya no dispongo de resignación ni de fuerzas para prescindir de ningún afecto. *(Entra JULIO. Viste de luto.)*

JULIO.

Sube un momento, Elena.

ELENA.

(Con terror.) ¿Para qué?

JULIO.

No te asustes. Querrá el juez hacerte otras preguntas. Yo le he dicho que tal vez se deba la muerte de Ramiro a la desesperación que le produjo el

haberse jugado cantidades de importancia, y quizás te interrogue sobre esa suposición mía.

ELENA.

(Dándose ánimos.) Sí; eso será. *(Sale rápidamente.)*

JULIO.

(Queriendo entablar una conversación que, no apartándose del acontecimiento que les ha herido, distraiga, sin embargo, de lo fundamental la imaginación de su padre.) Está bien el juez.

EL GENERAL.

(Después de una pausa.) Sí.

JULIO.

Una persona excelente.

EL GENERAL.

(Después de otra pausa.) Sí.

JULIO.

Claro que, tratándonos...

EL GENERAL.

(Maquinalmente.) Sí. *(De súbito estalla en sollozos.)*

JULIO.

(Aparentando fortaleza.) Vas a matarte. Lo que es si continúas de ese modo...

EL GENERAL.

Déjame. Se me rompería el corazón si aguantara el llanto. *(Pausa.)* ¡No puedo convencerme!... Hace

unas horas, ayer, estaba junto a mí, lleno de vigor y de alegría... Tengo aún su cara en los ojos y su voz en los oídos... ¡y ya no le veré más, ni le oiré más!

JULIO.

(Vencido por la emoción.) Sí, es horrible.

EL GENERAL.

(Sacando el clavel que llevaba Ramiro en la solapa.) ¡Y vive todavía este clavel que cortaron sus dedos!... ¡Y todavía hay huellas de sus pasos en el jardín!... ¡De sus últimos pasos, de los que dió—cuando yo le eché, de acuerdo con su asesino—pensando ya en la muerte!

JULIO.

¡No, no, padre!

EL GENERAL.

¡Sí!... ¡Pensando en la muerte, porque él, sin duda, contaba con mi indulgencia, y yo le eché como a un perro!... ¡A un hijo!... ¡Echar a un hijo que ha puesto en nosotros toda su esperanza!... ¡Dejarle a solas con su vergüenza y su abatimiento y su dolor!... ¡Y yo he cometido esa felonía!

JULIO.

Pero tú no podías imaginar...

EL GENERAL.

(Atajándole.) ¡Porque yo no soy mas que un necio, esclavo de mil bárbaras vanidades! ¡Por eso no tuve indulgencia para mi hijo y fuí, no indulgente, sino débil, con el canalla que se envileció al delatarle!

JULIO.

(Reconviniéndole cariñosamente.) ¡Por Dios!...

EL GENERAL.

(Con saña.) ¡Un canalla, un demonio hipócrita que preparó la catástrofe, dándoselas de salvador; que me azuzó y luego me contuvo, para irritarme más; que me pinchó en la soberbia; que hizo de mi lengua una víbora y de mi corazón un guijarro!... *(Gritando y sollozando.)* ¡Y yo, encima, me esforcé en demostrarle mi agradecimiento!...

JULIO.

(Con respetuosa energía.) ¡No, no!... ¡No eres justo!... El Coronel no es culpable, y, por tanto, hiciste lo que debiste hacer.

EL GENERAL.

¡No, porque no le crucé la cara al denunciarle, que fué cuando le mató!

JULIO.

(Con pena.) Es indigno de ti lo que dices.

EL GENERAL.

(Irónico y desdeñoso.) ¿Qué sería lo digno de mí?... ¿Continuar demostrando agradecimiento?... *(Gravemente.)* Julio, no te pido que vengues a tu hermano, ni le vengo yo, porque su matador es el padre de tu mujer. Pero siquiera permíteme hablar francamente. ¡Debí cruzarle la cara!

JULIO.

¡Padre!... El Coronel ha demostrado siempre que es valeroso, frío y leal. No debes achacarle una cobardía, ni una ligereza, ni una infamia.

El General.

¿Me quieres decir que le calumnio?

Julio.

¿Cómo voy yo a decir algo que te ofenda?... ¡No! Te quiero decir que no eres razonable... y que eso me lastima. *(Pausa.)* En cuanto me contaste lo del desfalco adiviné lo ocurrido. Mi hermano, que era todo fuego, se decidió a castigar al Coronel, y vino a buscarle, y entró por el balcón para que no le detuvieran, y sin perder el tiempo en inútiles explicaciones, al verle, disparó sobre él.

El General.

¡Ah!... Tú ¿das por cierto que vino a matarle?

Julio.

¿A qué, si no?... A ti no te buscaba, porque de buscarte hubiera entrado por la puerta. A mí tampoco, puesto que me había obligado a salir. Y si sólo podía buscar al Coronel, y nos consta, por añadidura, que le acometió con una precipitación ciega, ¿es lógico negar que venía a matarle?

El General.

¡No será lógico, pero yo lo niego! Si tu hermano hubiera decidido ejecutar a ese hombre, le hubiese ejecutado al enterarse de que le iba a vender. ¡En el acto, sin concederle una tregua, porque él, como tú has dicho, era todo pasión!

Julio.

Bien. Pero lo sucedido demuestra...

EL GENERAL.

(Interrumpiéndole.) ¿Qué?... ¿Sabemos lo que ha sucedido?... Tenemos la versión del Coronel; sabemos la verdad del Coronel. ¡La de Ramiro, no, porque ya no puede protestar ni desmentirle!

JULIO.

Me apenas, padre. ¿Qué pretendes insinuar?... Ramiro murió de un balazo en la sien. Murió instantáneamente... Es decir, que no pudo disparar después de recibir el tiro que acabó con su vida. ¡Luego él fué el agresor! ¿No es esto más claro que la luz?

EL GENERAL.

Lo parece.

JULIO.

Pues si lo parece, ¿cuál es la culpa del Coronel?... Si se vió agredido de súbito por un hombre a quien no reconoció a causa de la obscuridad, y luchó y mató defendiéndose, ¿dónde está su crimen?... ¡No; en vez de irritarte, reflexiona!... ¡Piensa que el Coronel no mató a mi hermano, sino a un desconocido que le agredía! ¿Cuál es, pues, su crimen?

EL GENERAL.

(Con un odio inmenso.) ¡No haberse dejado matar!

JULIO.

(Desconcertado.) ¡Oh!... Así...

EL GENERAL.

¡Así le juzgo! ¡Así le juzgaré mientras aliente!

JULIO.

Pero no es justo ese modo de juzgar.

EL GENERAL.

Y ¿qué me importa a mí la justicia?... ¡Han matado a mi hijo, y aborrezco al que le ha matado! Y me es igual que sea un caballero o un bandido, que le atacase o que se defendiera, que obrase valiéndose de la astucia o empujado por la fatalidad... ¡Lo indudable es que mi Ramiro no vive! ¡Y lo que deseo, lo que exijo es no ver al que le asesinó, ni rozarme con él, ni oirle, ni soportar su vecindad horrenda! *(Conteniendo las lágrimas.)* Tolerándole, cometería una traición con mi pobre muerto.

JULIO.

(En un generoso arrebato.) No le tendrás que tolerar.

EL GENERAL.

(Con fiera alegría.) ¡Vas a expulsarle!

JULIO.

(Reconviniéndole.) ¿Y Elena? *(Pausa.)* Le hablaré con sinceridad, apelaré a su nobleza... No es necesario expulsarle.

EL GENERAL.

Sí. No es preciso. Tú eres hombre de tacto y le harás comprender... Sí; es lo mejor. Cuando se dispone de habilidad... Y ni siquiera reñiréis...

JULIO.

Descuida, padre.

EL GENERAL.

Pues no hay que perder ni un minuto. *(Oprimiendo el botón del timbre.)* Llámale. *(Suplicando en un tono infantil.)* A ver si ya no está cuando subas.

JULIO.

Lo intentaré. *(Sale el General. Vuelve Julio a oprimir el timbre y entran el CORONEL y JOSE. El Coronel sostiene su brazo herido con un pañuelo de seda amarrado al cuello.)*

EL CORONEL.

(A José.) Ya no hace usted falta. *(A Julio.)* ¿Me equivoco?

JULIO.

(Sorprendido.) No. *(Con un ademán despide al Criado, y sale José.)*

EL CORONEL.

Desde el jardín he oído casualmente las súplicas de tu padre. Ahórrate, pues, la violencia de transmitírmelas. Me iré.

JULIO.

(Algo cortado.) De todas maneras... Yo le agradezco en el alma su decisión... Pero yo no le debía suplicar sólo en nombre de mi padre. Debía suplicar también en el mío.

EL CORONEL.

(Asombrado.) ¿En el tuyo?

JULIO.

Sí, porque a mi padre le he prometido pedirle a usted que se fuera y que, en lo sucesivo, renunciase a frecuentar nuestra casa; pero, antes, le había prometido a Elena todo lo contrario.

EL CORONEL.

¿Y me quieres rogar que te saque del apuro?

JULIO.

Yo procedí de buena fe, sin sospechar que pudiese mi padre...

EL CORONEL.

(Interrumpiéndole.) Cumple con él, que mi hija nada reclamará.

JULIO.

(Un poco avergonzado.) No me crea usted malo, ni débil...

EL CORONEL.

(Cordialmente.) ¿Malo tú?

JULIO.

Procedo así porque a mi padre le ha trastornado la pena...

EL CORONEL.

No hables más. Así procedería yo también. Es lo justo.

JULIO.

Más adelante, cuando se cierre su herida...

El Coronel.

Nunca se ha de cerrar. A nuestros años, esas heridas no se cierran. Por eso me habría marchado, aun sin pedírmelo tú. *(Pausa.)* Sólo impondré dos condiciones.

Julio.

Aceptadas.

El Coronel.

Que Elena disfrute de una absoluta libertad para visitarme.

Julio.

Será absoluta.

El Coronel.

Y que tu padre, antes de salir yo de aquí, me escuche unos minutos.

Julio.

(Disgustado.) Se va a negar.

El Coronel.

Convéncele tú. Dile que me iré en cuanto me oiga. Garantízale que no volverá a verme.

Julio.

(Irresoluto.) Sí; pero...

El Coronel.

(Con energía.) Es indispensable, Julio. Tu padre tiene respecto a mi conducta sospechas que puedo disipar, y debo disiparlas para bien de todos. Consigue, pues, que me escuche.

ELENA.

(Desde una de las ventanas.) Padre... Creí que estabas en el jardín.

JULIO.

Si estima en algo mis consejos, le escuchará. *(Entra ELENA.)*

ELENA.

(A Julio.) Lo que supusiste. Contesté que sí, que mi cuñado había perdido mucho dinero.

JULIO.

¿Ves?

ELENA.

¿Y tú?... ¿Has cumplido tu promesa? *(Al Coronel.)* Julio me ha jurado que nuestra vida no cambiará en lo más mínimo. ¿Comprendes?

EL CORONEL.

Y ha cumplido su promesa; pero yo no accedo a lo que deseáis. *(Sonriéndose del asombro de su hija.)* ¿Cómo te empeñas en que no cambie nuestra vida, si la vida es una serie continua de mudanzas?

ELENA.

¡En estas cosas, no!

EL CORONEL.

En todas. Se cambia por cariño, por odio, por deber, por remordimiento... Y en esta ocasión cambiará nuestra vida porque el débil ha de ser preferido al fuerte, y de vuestros dos padres el fuerte, ahora, soy yo, puesto que no soy el más desgraciado.

(Acariciándola.) Ea, alegra esos ojos. No es tan grande el sacrificio. Se reduce a que suprimáis la temporadilla que pasabais en mi casa y a que yo no entre en la vuestra. Pero tú me visitarás...

ELENA.

¡Todos los días! ¡Los pasaré contigo!

EL CORONEL.

Conmigo y con tu otro padre.

JULIO.

(Hondamente emocionado.) Si ya no le quisiera, esas palabras me enseñarían a quererle.

ELENA.

(Enternecida y orgullosa.) ¿Verdad que sí, Julio? *(Con lágrimas en la voz.)* ¡Júrame que será para ti el de siempre, que le respetarás como un hijo cariñoso, que el rencor no penetrará en tu alma!... *(Apasionadamente.)* ¡Si me quieres y si deseas que yo no te odie, júramelo!

EL CORONEL.

(Sonriendo.) Pero no te exaltes.

ELENA.

¡Júramelo! *(Con angustia.)* ¡No vaciles, por Dios!

JULIO.

¡Te lo juro!... Aunque no hacían falta juramentos. ¿Dudas de mi sinceridad?

ELENA.

No, no. Ven aquí. Y ven tú, papá. Que yo os abrace a los dos. *(Uniéndolos en un abrazo y rompiendo a llorar.)* Los dos sois para mí el mundo entero.

EL CORONEL.

Hija mía...

JULIO.

Elena...

ELENA.

(Quejumbrosa como una niña.) No me riñáis. Necesito llorar. *(Entra JOSE y quédase, perplejo, cerca de la puerta.)*

JOSÉ.

Señor Coronel...

EL CORONEL.

¿Qué hay?

JOSÉ.

Que el señor juez le llama para que firme su declaración.

EL CORONEL.

En seguida. *(Sale con José.)*

ELENA.

Julio... no habrás jurado con reservas.

JULIO.

(Dolido.) Me ofendes.

ELENA.

Es que me aterra la posibilidad de un engaño, porque si me engañaras, ¿ves que no comprendo la vida mas que junto a ti?... ¡Pues renunciaría a vivir contigo!... ¡Renunciaría, aunque me muriese!

JULIO.

Luego tu padre es para ti más que yo.

ELENA.

No es más. No es, quizás, ni tanto. Ningún hijo quiere a sus padres como los debía querer, y yo no soy la excepción de esa regla que nos hace ingratos y víctimas de la ingratitud. Pero a pesar de eso, y tal vez por eso mismo, si no fueses bueno para él no sería yo buena para ti. Y si el cariño, que es ciego y no tiene conciencia, me empujase hacia ti, la voluntad me llevaría a su lado. Porque él no te debe nada, y tú a él...

JULIO.

Yo le debo mi dicha, que eres tú. *(Al CORONEL, que vuelve a entrar.)* Ya ha oído usted lo que le debo, padre.

EL CORONEL.

(Con jovialidad.) Pues ya que he llegado tan oportunamente, voy a pedirte un anticipo a cuenta de lo que me has de pagar.

JULIO.

Si está en mi mano...

EL CORONEL.

Sólo en tu mano. Se ha ido el juez y puedes hablarle ahora. Aguardaré aquí.

ELENA.

(Alarmada.) ¿A quién?

EL CORONEL.

Es la ocasión.

JULIO.

No la desperdiciaremos. *(Sale resueltamente.)*

ELENA.

¿A quién aguardas? No será...

EL CORONEL.

Sí es. Le aguardo.

ELENA.

¡Pero es absurdo!... ¿Para qué?... ¡Equivale a buscar un choque!

EL CORONEL.

O una reconciliación.

ELENA.

¡Imposible!

EL CORONEL.

¿Imposible, preparando Julio el terreno y pidiendo yo perdón con humildad?

ELENA.

(Sublevada.) ¡Y cómo has de pedir tú perdón!

El Coronel.

Y ¿por qué no?... ¡Arrodillándome lo pediré, si es preciso!

Elena.

¿No te burlas?

El Coronel.

Pero ¿no comprendes que es necesario ese perdón?

Elena.

¡Qué ha de ser necesario!

El Coronel.

¿No comprendes que será la base de la tranquilidad de tu existencia?... Bajo el mismo techo que un hombre que me odiara, ¿podrías tú vivir?

Elena.

¡No viviría junto a él!... ¡No ha de estar él con su hijo, mientras tú estás separado de tu hija!

El Coronel.

¿Le rechazarías?... Supongamos que Julio, apasionado por ti, consintiera esa impiedad. Pero ¿y después?... Después, ¿no se encendería una llama en la conciencia de tu marido, que le hiciese ver claramente?

Elena.

Ver, ¿qué?

El Coronel.

(Con ardor.) ¡Su vileza!... ¡La vileza de sacrificar a tu egoísmo una pobre criatura cuyo único crimen

consiste en huir del que le desgarró las entrañas!... *(Con dulzura.)* No, no, hija mía. Mira las cosas como son, y ya que eres inteligente y noble, resígnate a ser justa. Vivirás con el padre de tu marido, y para que vivas en paz, le rogaré que me perdone. *(En voz baja.)* Tu suegro, ¿no tiene razón para odiarme?

ELENA.

¿A ti?

EL CORONEL.

¡A mí, que le he matado un hijo!

ELENA.

(Con energía.) ¡Ah, no!... ¡Entre nosotros, no! Puede creer todo el mundo que le has matado; pero ¿voy a creerlo yo, que le disparé?

EL CORONEL.

(Azorado.) ¡No grites!

ELENA.

¡Yo, no!... Para mí, tú no has matado a nadie. ¡Yo soy la que maté, y volvería a matar cien veces por la misma causa!

EL CORONEL.

¡Silencio! *(Tembloroso.)* ¡Ya te he ordenado que olvides esa pesadilla!

ELENA.

(En una crisis de lágrimas.) ¡No, no!... ¡No consigo olvidarla!... ¡Aún siento en la mano la frialdad del revólver, y oigo la detonación y le veo caer...!

EL CORONEL.

(Con temor y angustia.) ¡Elena!

ELENA.

(Llorando.) Y siempre recordaré tu sacrificio. «¡Grita!... ¡Grita!» Para herirse por mí... Para ponerme a salvo de sospechas a costa de su sangre... *(Con ardorosa resolución.)* ¡Pues no será!... ¡Hablaré!... ¡Se me vienen las palabras a la boca con tal violencia, que no podré impedir que salgan!... ¡Yo fuí!... ¡Yo fuí!... ¡Yo le he matado!

EL CORONEL.

(Excitadísimo.) ¡Calla!

ELENA.

¡Yo fuí!... Por cobardía no se lo he confesado al juez y no lo declaro ahora a gritos en todas partes!

EL CORONEL.

(Casi con lágrimas.) ¡Para humillarme!

ELENA.

¡Para enaltecerte!

EL CORONEL.

(Con una emoción que le ahoga.) Para demostrar que uno es un viejo inútil.

ELENA.

¡No, no!

EL CORONEL.

(Llorando.) ¡Inútil hasta para salvar a su hija!... ¡La única hija del viejo, el corazón del viejo, la

otra vida del viejo—la que vale, la verdadera vida—. y el viejo no sirve para salvarla...!

ELENA.

¿Quién lo ha dicho?... ¡No, no!

EL CORONEL.

¡Ni para eso sirve ya!

ELENA.

¡No, no!... Escúchame y no llores. ¿No me has pedido que sea justa?... Pues ¿por qué he de serlo con los demás y contigo no?... Y ¿por qué, si es mía la culpa, he de permitir que caiga sobre ti el odio?

EL CORONEL.

¡Porque así te libro de él, y no me debes privar de esa alegría!

ELENA.

(Arrodillándose ante su padre y besándole la mano izquierda.) ¡Y de ese modo te he de pagar!... ¡Y he de ver con paciencia que te despidan!... ¡Y he de resignarme a que no curen mis dedos este pobrecito brazo, herido para que yo me salvara...!

EL CORONEL.

¡Vale más uno de tus cabellos!

ELENA.

¡Pobrecito brazo, roto para que no se rompiera mi felicidad!

EL CORONEL.

¿Y la querías perder, ingrata?... Cuando, en plena vejez, me conformaba con no ser mas que un espec-

tador de tu vida, por un capricho de la suerte he recuperado mi antiguo papel de protector...

ELENA.

¡Oh, papá!

EL CORONEL.

Y ¿sabes lo que eso ha significado para mí?... ¿Sospechas siquiera el júbilo que me ha producido?... Te he vuelto a ver tan débil y tan necesitada de ayuda como cuando me llamabas *papaín* y eras tan chiquita, tan chiquita que hubieses visto acercarse a la muerte sin comprender que se acercaba... He vuelto a ver tu existencia pendiente de mi voluntad; he vuelto a ver tu dicha entre mis manos... y he conseguido asegurar tu existencia y tu dicha. Y ahora, ¿pretendes que mi labor sea ineficaz?

ELENA.

Me duele tu sacrificio.

EL CORONEL.

Y ¿cuál es mi sacrificio?... ¿Me sacrifico acaso defendiendo tu tranquilidad, que es la mía?

ELENA.

(Llorando mansamente, con la cabeza apoyada en el pecho de su padre.) Perdóname.

EL CORONEL.

Y asegurando mi felicidad, que consiste en que tú seas feliz, ¿me sacrifico?

ELENA.

¡Perdóname!

El Coronel.

¿No has pensado en las amarguras que te acarrearía la verdad?... La verdad te mancharía de sangre, y así, con las manos bañadas en una sangre que es suya, te contemplarían tu marido y tu suegro. Y no creas en su perdón, porque para tu suegro serías un ultraje viviente, una perpetua invitación a la venganza, y para Julio, un motivo de duda.

Elena.

¡Dudar él de mí!

El Coronel.

¿No dudamos de nosotros mismos?

Elena.

¡Yo dudaría de mi corazón antes que del suyo!

El Coronel.

Pero ahora no tratamos del corazón; tratamos del pensamiento, y el pensamiento es como esos pájaros ariscos que, por romper su cautividad, se matan golpeándose contra la jaula. ¡No! ¡No hables jamás! Y si en alguna ocasión tu marido te pregunta, ¡engáñale sin vacilaciones, que muchas veces lo honrado es mentir!

José.

(Desde la puerta.) ¿Dan su permiso los señores?

El Coronel.

Adelante, José.

José.

El señorito Julio, que espera a la señora en el jardín.

EL CORONEL.

Anda, Elena.

ELENA.

¿No te irás sin verme?

EL CORONEL.

No me iré. *(Acompañándola hasta la puerta.)* Anda, anda con tu marido. *(Sale Elena.)*

JOSÉ.

El señorito ha dicho que aguarde aquí el señor Coronel.

(El Coronel asiente con una inclinación de cabeza, y cuando sale José aguarda frente a la puerta con vivísima agitación. A los pocos segundos entra el GENERAL.)

EL GENERAL.

(Nerviosamente.) Le voy a escuchar por complacer a mi hijo y porque me ha asegurado que, si le escucho, ésta será la última vez que crucemos la palabra. Pero le suplico que no alargue la entrevista, ya que será inútil, puesto que su conducta no tiene justificación.

EL CORONEL.

(Emocionado.) La justificará usted mismo, cuando me oiga. Y entonces, aunque lo que voy a decirle aumentará su dolor, tal vez comprenda usted que una de las causas que me han obligado a hablar ha sido la de proporcionarle un consuelo.

EL GENERAL.

(Iracundo y desdeñoso.) ¡Usted!

EL CORONEL.

Yo. Con la verdad, porque si en muchas ocasiones debemos ocultarla, seguros de que nos mataría al herirnos, en otras muchas la debemos proclamar, convencidos de que, bajo sus golpes, recobraremos la salud. *(Pausa.)* Si yo hubiese fraguado lo que fraguó Julio para burlar a la justicia, no se interpondría hoy entre nosotros el recuerdo de su hijo. Pero ya que con una mentira oportuna no supe impedir que usted me aborreciera, apelaré a la verdad para que, por lo menos, no me desprecie usted.

EL GENERAL.

(Con dolorosa ironía.) ¿A qué verdad?... ¿A la que le sea favorable?

EL CORONEL.

(Gravemente.) Y a la que me sea adversa. ¿Me favorecerá declararle a usted que fingí unas pérdidas que no había sufrido para no entregarle al que ha muerto la suma que le debía salvar?

EL GENERAL.

(Con el rostro descompuesto.) ¿Qué dice usted?... ¡Era falso lo de su ruina!

EL CORONEL.

(Sombríamente.) Era falso.

EL GENERAL.

¡Luego usted le odiaba, y por odio me empujó con su denuncia a que le echase!

EL CORONEL.

¡No! Cuando le delaté, no le odiaba. ¡Le temía! El odio vino después.

El General.

¡Cuando Ramiro le atacó para castigarle!

El Coronel.

(Muy pálido y muy resuelto, después de unos segundos de vacilación.) Tampoco me favorece esta verdad: no me atacó.

El General.

(Lívido de angustia y apuntando con el índice al brazo herido del Coronel, mientras le interroga con el gesto.) Entonces...

El Coronel.

Me herí yo.

El General.

(Atolondrado, con una ansiedad indescriptible.) ¡Es decir, que no disparó contra usted!...

El Coronel.

Cuando me herí... ya había muerto.

El General.

(En un alarido sobrehumano de horror.) ¡Oh! *(Mirando al Coronel con una cólera que no excluye al miedo.)* ¡Si lo presentía! *(Avanzando hacia él con las manos crispadas.)* ¡Ha asesinado usted a mi hijo!... ¡Lo confiesa usted!... ¡Confiesa usted que es un asesino!

El Coronel.

(Con energía.) ¡Un juez!

EL GENERAL.

(Cogiéndole y zamarreándole.) ¡Un traidor, un cobarde, un miserable asesino!

EL CORONEL.

(Reconviniéndole con dignidad y valentía.) ¡Me falta un brazo, General!

EL GENERAL.

(Sin soltarle.) ¡Pero le falta por haber asesinado a Ramiro, y no me contendré!

EL CORONEL.

(Defendiéndose briosamente.) ¡Por haberle ejecutado! ¡Por haber ejecutado a un canalla que pretendía deshonrar a mi hija!

EL GENERAL.

(Exhalando un grito de pavor y separándose rápidamente del Coronel.) ¡Qué!

EL CORONEL.

(Con saña.) ¡Le maté porque deseaba a Elena y se atrevió a penetrar en su alcoba como un bandido!... ¡Y, al matarle, defendí el honor de mi hija, que es el honor de Julio, y el honor de usted, y mi honor! *(El General, turbios los ojos, retrocede vacilando, déjase caer en una butaca y rompe a llorar. El Coronel se arregla el pañuelo que le sostiene el brazo lesionado, y mientras habla recorre la habitación.)* ¡Yo un asesino!... *(Con desdén.)* ¡Al final de mi existencia iba a convertirme en un asesino, y en su casa de usted, y para librarme de un hijo de usted!... ¿No es monstruosa la suposición?... *(Con entereza.)* ¡Le he ejecutado! ¡Eso sí! ¡Después de juzgarle, y de con-

denarle, y de procurar que se alejara he sido su verdugo! Pero ¿he hecho mal? ¿Me condenaría algún padre? *(Deteniéndose frente al General, que sigue llorando.)* En mi situación, ¿a qué no se hubiera usted atrevido?... Y, sin embargo, usted, queriendo mucho a sus hijos, no les ha podido querer como yo a mi Elena. Usted, que sirvió en las colonias separado de ellos y que, más tarde, les alejó del hogar para educarlos, no ha sido testigo de su infancia, no ha observado cómo se hacían hombres, no ha estudiado la formación de sus caracteres. En cambio, yo, desde que vino al mundo mi hija no me he separado de ella. Se quedó sin madre al nacer, y yo sustituí a su madre. He visto sus primeras sonrisas, he escuchado sus primeros balbuceos, la he enseñado a articular las primeras palabras... Mientras fué niña tuvo en mí un compañero; durante su juventud dispuso en mí de un protector, y al casarse encontró en mí un amigo... He consagrado mi vida a asegurar su felicidad... ¿Iba a permitir, cuando la creía asegurada, que la destruyesen?... *(Con selvático ardor.)* ¡Si para impedirlo hubiera tenido que ahogar a su perseguidor en mi propia sangre, le habría ahogado!

El General.

(Con violencia.) ¡Eso hubiera hecho yo con usted para librar a Ramiro!

El Coronel.

¡No es igual nuestro caso! ¡Yo defendía a mi hija, acosada villanamente!

El General.

¡Y yo hubiera defendido a mi hijo, acechado por usted sin nobleza!

EL CORONEL.

¿Para que intentase deshonrar a su hermano?... ¿Para que le matara o cayese muerto frente a él? *(Pausa.)* ¡Ha convenido que caiga frente a mí! Créalo. Así, se ha quedado usted sin uno de sus hijos; de otra manera, quizá se hubiese quedado sin los dos. *(El General, anonadado, estalla de nuevo en sollozos, y cuando consigue reponerse, continúa el Coronel, con la voz mojada en lágrimas.)* Las circunstancias me han hecho proceder mal con usted. Jugando sobre la carta de su honor, seguro de que ganaría, mentí para que despidiese usted a Ramiro. Pero me obligó a mentir el deseo de evitar que su locura provocase una tragedia; y le maté, para no aumentar el daño, cuando la provocó; y para que sus consecuencias no lastimen a criaturas inocentes, le atormento a usted ahora con estas revelaciones. Julio nada sabe y es preciso que nada sepa, a fin de que no recuerde a su hermano con desprecio y aversión.

EL GENERAL.

¡No! ¡Sería espantoso!

EL CORONEL.

Y Elena ha de ignorar que he compartido con usted mi secreto. No es justo que, limpia de toda culpa, se avergüence ante usted. Ella cree que no he solicitado esta entrevista mas que para pedirle que me perdone.

EL GENERAL.

No la sacaré de su error. *(Levantándose trabajosamente.)* Y me retiro. Permítamelo usted.

EL CORONEL.

(Hondamente conturbado.) ¿Así?

EL GENERAL.

(Protestando, pero con mortal desaliento.) ¿Qué esperaba usted?

EL CORONEL.

(Con vivísima emoción.) Es que aún no le he dicho que, por completo, no he engañado a Elena... General, perdóneme usted. ¡Aunque la justicia estaba de mi parte, le pido perdón!

EL GENERAL.

(Conteniendo el llanto.) ¡No me lo pida!

EL CORONEL.

¡Aunque he debido ejecutar lo que he ejecutado, le pido perdón!

EL GENERAL.

¡No!... ¡Imposible!...

EL CORONEL.

¡Aunque al disparar alejé de Julio el crimen o la muerte, y ahuyenté a la deshonra de nuestra casa, le pido perdón!

EL GENERAL.

¡Imposible!... ¡Nunca!...

EL CORONEL.

(Llorando.) ¡A pesar de todo, le pido perdón, porque he matado en usted la esperanza!

EL GENERAL.

(Llorando.) ¡Y el deseo de vivir!

EL CORONEL.

¡Pero yo soy su camarada leal, y le quiero, y me he herido al herirle!...

EL GENERAL.

¡No le perdono!... ¡Aunque el deber y la justicia estén de su parte, no le perdono!... ¡Es superior a mis fuerzas lo que solicita!... Usted, en mi situación, ¿hubiese perdonado?

EL CORONEL.

No sé. Pero usted, en la mía, ¿hubiera obrado como yo?

EL GENERAL.

(Después de una pausa.) Creo que sí.

(El genial actor Enrique Borrás termina el drama de este modo:
Al decir el General su última frase, avanza hacia él y le coge la mano; y al ver que le rechaza, retrocede, y con una mezcla de altivez, dignidad y respeto saluda militarmente.)

FIN DEL DRAMA

OBRAS DE J. LÓPEZ PINILLOS

(PARMENO)



TEATRO

El vencedor de sí mismo (drama).
Hacia la dicha (comedia).
El burro de carga (comedia).
La casta (comedia).
El pantano (drama).
Nuestro enemigo (drama).
La otra vida (drama).

NOVELA

La sangre de Cristo.
Doña Mesalina.
Las águilas.
Frente al mar.



2,50
PESETAS

Est. tip. de la Soc. Edit. de España.